

POLIZA N. 17671



6341
MACBÉTH

POR

GUILLERMO SHAKESPEARE

VERSION AL CASTELLANO

DE GUILLERMO MAGPHERSON



MADRID
IMPRESA DE FORTANET

CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

—
1880

h



MACBETH.

M. J. C. M.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT



PHYSICS DEPARTMENT



MACBÉTH

POR

GUILLERMO SHAKESPEARE

VERSION AL CASTELLANO

DE GUILLERMO MACPHERSON



MADRID

IMPRESA DE FORTANET

CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

—
1880



Digitized by the Internet Archive
in 2013

PRÓLOGO.

Esta tragedia, más que el desarrollo de un argumento dramático, es la evolucion en la escena de dos caractéres gemelos engendrados por el mónstruo de la ambicion. Temerario y violento se nos presenta desde luégo Macbéth; pero en un principio estas cualidades no auguran lo sangui-nario y feroz de su posterior conducta; y es fácil imaginar, dadas sus especiales condiciones mora-les, que, á haberlo rodëado distintas condiciones, hubiera llegado quizás á ser héroe ilustre merecedor de los aplausos, del respeto y áun del cariño de sus conciudadanos. El carácter de Lady Macbéth, más intrépida, más altiva y ménos escrupu-losa que su consorte, nos inspira, sin embargo,

involuntario respeto, al par que natural antipatía; porque Shakespeare, con su usual habilidad para individualizar las pasiones, dota á la impávida regicida, no sólo de criminal intransigencia y de energía febril, sino de claro entendimiento y de fibra delicada. El célebre poeta y eminente crítico norte-americano Mr. James Russell Lowell, me ha hecho notar cuánto alcance tiene la aparentemente insignificante frase «esta pequeña mano mía,» pues el calificativo «pequeña» aplicado á la mano, y el profundo y femenino horror que Lady Macbéth demuestra creyéndose manchada con sangre, á pesar de sus alardes en contrario, cuando en union de su esposo consuma su crimen, patentizan vigorosamente que la orgullosa usurpadora nada tiene de varonil, ni á pesar de su índole perversa se halla avezada al crimen, hácia donde corrió inducida por su desordenada ambicion y el loco afan de ceñirse una corona.

El insigne D. Alberto Lista, en conferencias literarias de gratísima recordacion, que no tenían otro carácter que el de lecciones dadas á reducido número de discípulos, ocupándose en la crítica de esta tragedia y ensalzando el profundo conocimiento que del corazón humano poseía el inmortal autor, solía decir: «Macbéth guerrero valiente;

y hasta que las brujas lo seducen con sus pronósticos, pundonoroso y léal, duda y vacila ántes de emprender el oscuro camino que su ambicion le traza; pero, lanzado ya en esa fatal carrera, su espíritu varonil le conduce sin cejar hasta el último término de la terrible jornada, y lucha tenazmente hasta contra su propio destino y hasta que «arranquen á pedazos la carne de sus huesos.» Lady Macbéth, como mujer, más dócil á la seducción, sin dudas ni vacilaciones, pisa decidida la senda que una ambicion igual ofrece á sus ojos; pero, dados en ella los primeros pasos, tiembla y vacila y muere fatigada, no pudiendo soportar tan fiera lucha. Véase aquí trazado por mano mäestra un cuadro donde aparecen hábilmente contrastadas, y como lo están en la naturaleza, las diferencias que existen entre los caractéres del hombre y de la mujer, áun cuando idénticos móviles los animen.»

Como en todos los dramas de Shakespeare, huelgan sin duda escenas enteras en Macbéth, abundan puerilidades, frases que se refieren á circunstancias del momento y «Gongorismos» de mal gusto y de difícil inteligencia; pero, como para los que tienen cariñoso respeto hácia las obras de este esclarecido ingénio, todo cuanto ha escrito

encierra interés, y en casi todo hallan ó bellezas ó pruebas de un talento profundísimo, nada, ó por mejor decir, sólo alguna que otra frase que nuestra mayor cultura no tolerarïä hoy en la escena, he creïdo oportuno suprimir en este trabajo.

Siguiendo el plan que me propuse en la traducción de *Hámlet*, emplëo en *Macbéth* el verso libre, el consonante, la prosa y hasta lo que es lícito denominar las extravagancias de versificación de Shakespeare, por más que me hubiera sido fácil ajustarme á un método más en armonïa con lo que el uso tiene sancionado para la lengua castellana.

MACBETH.

PERSONAJES.

DÚNCAN, Rey de Escocia.

MÁLCOLM. . . }
DONALBÁIN. . . } Sus hijos.

MACBÉTH (1). }
BÁNQUO. . . . } Generales del ejér-
cito del Rey.

MACDUFF. . . }
LÉNNOX. . . . }
ROSS. } Nobles de Escocia.
ANGUS. }
MENTEITH. . . }
CAITHNÉSS. . . }

FLEANCIO, hijo de Bánquo.

SUARDO, señor de Northumberland,
general del ejército inglés.

EL JÓVEN SUARDO, su hijo.

SÍTON, oficial á las órdenes de
Macbéth.

NIÑO, hijo de Macduff.

DOCTOR INGLÉS.

DOCTOR ESCOCÉS.

UN SARGENTO.

UN PORTERO.

UN ANCIANO.

LADY MACBETH.

LADY MACDUFF.

DAMA de Lady Macbeth.

Nobles, señores, jefes, soldados,
asesinos, servidores y mensajeros.

HÉCATE.

TRES BRUJAS.

APARICIONES.

LA ESCENA PASA EN INGLATERRA EN EL FINAL DEL CUARTO ACTO.
LO DEMÁS DE LA TRAGEDIA EN ESCOCIA.

(1) Pronúciase Macbéz.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Una llanura.—Truenos y relámpagos.

Entran tres BRUJAS.

- BRUJA 1.^a ¿Cuándo vamos á reunirnos
Otra vez?
¿Con relámpagos, con truenos,
Ó al llover?
- BRUJA 2.^a Al dar término el barullo
Que ahora estalla:
Cuando pierdan; cuando ganen
La batalla.
- BRUJA 3.^a Antes, pues, que el sol trasponga
Debe ser.
- BRUJA 1.^a Dad la cita.
- BRUJA 2.^a La erñaza.
- BRUJA 3.^a A encontrarnos con Macbéth.
- BRUJA 1.^a Morrongo me grita.
- BRUJA 2.^a El sapo me emplaza.
- LAS 3 BRUJ. El mal es un bien y el bien es un mal;
La niebla crucemos y el aire letal. (Vánse.)

ESCENA II.

Campamento cerca de Fôres.

(Oyéñse voces de alerta.)

Entran EL REY DÚNCAN, MÁLCOLM, DONALBÁIN, LÉNNOX
y acompañamiento al encuentro de un SARGENTO herido.

DÚNCAN. ¿Qué hombre herido es aquel? Acaso tráiga
Del combate las últimas noticias,
Por su traza á juzgar.

MÁLCOLM. Es el Sargento
Que, soldado leal y valeroso,
Para salvarme á mí su vida expuso.
¡Bravo amigo, salud! Al Rey refiere
En qué estado dejaste la refriega.

SARGENTO. Indecisa, cual lucha porfiada
Entre dos nadadores fatigados
Que en abrazos recíprocos se ahogan,
Seguir la vimos. El feroz Macdónell,
Digno de ser traidor, porque del mundo
Las vilezas en él formán enjambre,
Caballeros y aun turba vil se allega
De las islas que yacen á Occidente.
Meretriz, á su empresa maldecida
La fortuna sonríe, mas fué inútil:
Porque Macbéth el Bravo (así lo nombro)
—Hijo mimado del valor,—horada
Su camino hasta dar con el esclavo;
Y, sin decirle adios ni más saludo,
Luégo á cercén le corta la cabeza
Y en los reductos nuestros la coloca.

DÚNCAN. ¡Deudo valiente y caballero digno!

SARGENTO. Como del sol los matinales rayos
 Suelen borrascas y terribles truenos
 Engendrar, de esa fuente de ventura
 Manó disturbios. Rey de Escocia, öidme.
 Ya la justicia, del valor armada,
 Logra que aquella turba advenediza
 Fie sólo en sus piés, cuando aprovecha
 El monarca noruego su ventaja
 Lanzando nuevas huestes á la lucha.

DÚNCAN. ¿Y no desesperaron nuestros jefes
 Macbéth y Bánquo, entónces?

SARGENTO. ¡Sí por cierto!

Cual el águila viendo gorriones,
 Ó liebres el león. Debo llamarlos
 Cañones ¡vive Dios! con doble carga.
 Y, así, sobre el contrario sus mandobles
 Reiterando, quizá su intento fuera
 Bañarse en la feroz carnicería,
 Ó renovar del Gólgota el recuerdo.
 Pero... me siento desmayar; y cura
 Mis cuchilladas piden.

DÚNCAN. Corresponden
 Con tus heridas tus palabras: ámbas
 A honor trascienden. Procuradle luégo
 Cirujanos.—Mas ¿quién se acerca?

MÁLCOLM. El noble
 Señor de Ross.

LÉNNOX. ¡Cuán grande es la premura
 Que su mirar indica! De tal modo
 Llega quien quiere sorprender con nuevas.

Entra ROSS.

ROSS. ¡Dios guarde al Rey!

DÚNCAN. ¿De dónde habeis venido,
 Noble señor?

ROSS. De Fáife, gran monarca,

Donde, escarnio del viento, los pendones
 Noruegos echan aire á nuestras gentes.
 El mismo Rey con numerosa tropa
 Y con auxilio del traidor infame
 Señor de Cáudor, la sangrienta lucha
 A comenzar volvió; mas ese fiero
 Esposo de Belona envuelto en malla
 Se les opone en desigual contraste:
 Hierro con hierro, brazo contra brazo,
 Y doma al fin su espíritu atrevido.
 De nosotros, en fin, fué la victoria.

DÚNCAN. ¡Inmensa dicha!

ROSS. El rey noruego Sueno
 Ansia capitular; pero nosotros
 Ni aun enterrar sus muertos consentimos,
 Sin cobrar en la isla de San Colme
 Para gastos de guerra diez mil duros.

DÚNCAN. Nunca otra vez mis caros intereses
 Arriesgaré el de Cáudor.—Ve: publica
 Su muerte, y con su título saluda
 Al gran Macbéth.

ROSS. Haré que se ejecute.

DÚNCAN. Lo que él perdió Macbéth de hoy más disfrute.
 (Vánse.)

ESCENA III.

Una dehesa.—Truenos.

Entran las tres BRUJAS.

BRUJA 1.^a Hermana, dí, ¿qué hiciste?

BRUJA 2.^a Matar cerdos.

BRUJA 3.^a Tú, hermana, ¿á dónde fuiste?

- BRUJA 1.^a En su falda ostentaba
 Castañas la mujer de un navegante,
 Y, royendo, royéndolas estaba.
 « Dame » le dije yo. — « Bruja maldita,
Va de retro »; respóndeme arrogante
 Esa tiñosa de bazófia ähita.
 Mas su marido á Alepo
 Mandando el Tigre fué:
 En un cedazo, donde fácil quepo,
 Rata sin cola, navegando iré.
 Lo haré: lo haré: lo haré.
- BRUJA 2.^a Un viento yo te döy.
- BRUJA 1.^a Me obligas bondadosa.
- BRUJA 3.^a Pues otro te procuro.
- BRUJA 1.^a Árbitra yo de los restantes söy.
 No ha de quedar un portalon seguro,
 Al ventëar con furia impetüosa
 Desde un punto cualquiera
 De la náutica rosa.
 Se verá, como el heno, marchitado.
 El dulce sueño ni una vez siquiera
 Conciliará su párpado cansado.
 La vida vivirá del condenado;
 Y, aunque es forzoso que su nave flote,
 Fiera borrasca sin cesar la azote.
 ¡Ved esto!
- BRUJA 2.^a ¡A ver! ¡A ver!
- BRUJA 1.^a El dedo de un marino
 Que de un viaje naufragó al volver.
- BRUJA 3.^a ¡Un tambor! ¡Un tambor! Macbéth ya vino.
- LAS 3 BRUJ. Como hermanas las tres hechiceras,
 De la tierra y del mar mensajeras,
 Las manos unidas, giremos así.
 Tres vueltas por tí; tres vueltas por mí:
 Y nueve son justas al dar otras tres.

¡Callad! Del conjuro ya el término es.

Entran MACBÉTH y BÁNQUO. Soldados á lo léjos.

MACBÉTH. Jamás ví tan crüel y hermoso día.

BÁNQUO. ¿Fóres qué dista?—¿Quiénes son aquellas
Tan arrugadas, de tan raro porte?
De la tierra habitantes no parecen
Por más que aquí sē hallen. ¿Teneis vida?
¿Puedo yo, por ventura, interrogaros?
Que me entendeis parece; pues á üna
Llevais á vuestros labios contráidos
Los dedos cadavéricos. — Mujeres
Os imagino; pero tales barbas
Impiden que ese título os conceda.

MACBÉTH. Si es que podeis hablar, qué sois decidnos.

BRUJA 1.^a ¡Salve, Macbéth! ¡Señor de Glámis, salve!

BRUJA 2.^a ¡Salve, Macbéth! ¡Señor de Cáudor, salve!

BRUJA 3.^a ¡Salve, Macbéth! ¡El Rey futuro, salve!

BÁNQUO. ¿Por qué os sobrecogeis, amigo mío?
¿A qué temer lo que tan grato suena?
Decidme: ¿sois quiméricas creaciones,
O teneis realidad, como parece?
Saludais á mi noble compañero
Con títulos presentes y pomposas
Predicciones de gracias venideras
Y régio porvenir—con tal influjo
Que absorto está.—Tambien hablad conmigo.
Si ver podeis los gérmenes del tiempo,
Saber qué grano fructifica ó muere,
Habladme; que ñ odios ni favores
De vosotras recelo ni suplico.

BRUJA 1.^a ¡Salve!

BRUJA 2.^a ¡Salve!

BRUJA 3.^a ¡Salve!

BRUJA 1.^a Más grande que Macbéth serás, si ménos.

BRUJA 2.^a Aunque ménos dichoso, más dichoso.

- BRUJA 3.^a Rey no serás, mas padre, tú, de reyes.
¡Salve Macbéth y Bánquo!
- BRUJA 1.^a Macbéth y Bánquo ¡salve!
- MACBÉTH. Ambíguas mensajeras, detenõs.
Decidme más. De Sínel por la muerte
Señor de Glámis soy: ¿mas de qué modo
Señor de Cáudor? El de Cáudor vive,
Y en la prosperidad; y tan contrario
A la razon es rey denominarme
Como señor de Cáudor. ¿Tales nuevas
Cómo adquiristeis? Y ¿al encuentro nuestro
Por qué salís en este estéril llano
Con tales profecías?—Respondedme.
(Las Brujas se evaporan.)
- BÁNQUO. Tiene el suelo burbujas como el agua,
Y éstas lo son. ¿Á dónde habrán huido?
- MACBÉTH. Al aire, disolviéndose sus cuerpos
Cual la respiracion en el ambiente.
¡Pluguiera á Dios que aquí permanecieran!
- BÁNQUO. ¿Pero era realidad lo que hemos visto,
Ó hemos probado la raíz maligna
Que embarga la razon?
- MACBÉTH. Han de ser reyes
Vuestros hijos.
- BÁNQUO. Vos, Rey.
- MACBÉTH. Señor de Cáudor
Además. ¿No es verdad que así dijeron?
- BÁNQUO. Al son de esas palabras: ¿Quién se acerca?
Entran ROSS y ANGUS.
- ROSS. Macbéth, por dicha el Rey tiene noticias
De las victorias vuestras. Cuando supo
Vuestra hazaña, al luchar contra el rebelde,
Perplejo, entre el asombro y los aplausos,
Sólo pudo callar: y ¡el mismo dia
Sabe que entre las filas del Noruego

Atrevido luchais, sin que os asombre
Ni el estrago siquiera que vos propio
Ibais causando en ellos! Cual granizo
Los mensajeros llegan que atestiguan
La defensa que hicísteis de su reino,
Y ante él deponen imparciales lōas.

ANGUS. Y nuestro regiō amo nos envia
Para daros las gracias y llevaros
Ante él.

ROSS. En testimonio de mercedes
Más altas, me ordenó que de su parte
Como á señor de Cáudor os salude.
Título es vuestro.

BÁNQUO. (Aparte.) ¡Por ventura, el diablo
Dice verdades!

MACBÉTH. El de Cáudor vive:
¿Por qué me adornan con ropaje ajeno?

ANGUS. Quien lo era vive aún. Dura sentencia,
No obstante, pesa ya sobre esa vida
Que merece perder. Yo no aseguro
Que se ligó al Noruego, ó que su ayuda
Prestó al traidor, ó que quizás con ámbos
Procurara el naufragio de su patria;
Mas de traicion convicto está y confeso.

MACBÉTH. (Aparte.) ¡Señor de Glámis y señor de Cáudor!
¡Lo más está por ver!

(Á Ross y á Angus.) Os doy las gracias.
(Aparte á Bánquo.)

¿Pensais que vuestros hijos serán reyes
Si eso os prometen las que á mí me hicieron
Señor de Cáudor?

BÁNQUO. (Aparte á Macbéth.) Confianza es esa
Que quizás la corona enardecido
Os haga contemplar, no ya tan sólo
El título de Cáudor. Pero á veces

Nos suele Satanás decir verdades,
Y seducir con inocentes dones
A nuestra perdicion. — Una palabra,
Deudos mïos, oid. (Á Ross y Angus.)

MACBÉTH. (Aparte.) ¡Van dos verdades
Cual prólogo del acto en que culmine
Esta trama imperial!
(Á Ross y Angus.) Gracias, señores.
(Aparte.) Verme instigado así contra natura
Un mal no puede ser... Un bien tampoco.
Si mal, ¿por qué ya el éxito me brinda
La realidad? ¿Señor no soy de Cáudor?
Si bien, ¿por qué ceder á intimaciones
Cuyä hórrida imágen me espeluzna,
Y al corazon con golpes desusados
Contra el pecho batir hace convulso?
La fiera realidad ménos horrible
Es que tal concepcion. Mi pensamiento,
Do el homicidio es hoy mero fantasma,
De tal modo mi humano sér agita
Que ähoga con supuestos mi albedrïo;
Y sólo existe en mí lo no existente.

BÁNQUO. (Á Ross y Angus.)
Cuán preocupado ved al compañero.

MACBÉTH. (Aparte.)
Si rey me quiere el hado, puede el hado
Sin yo solicitarlo coronarme.

BÁNQUO. (Aparte.) Los recientes honores, cual vestidos
Recien hechos le sientan: necesitan
Amoldarse.

MACBÉTH. (Aparte.) ¡Qué ocurra lo que quiera
Ha de seguir el tiempo su carrera!

BÁNQUO. Noble Macbéth, dispuestos nos hallamos.

MACBÉTH. Perdonadme; memorias olvidadas
Trabajaban mi mente. Caballeros,

Vuestra bondad registro en ese libro
Cuyas hojas repaso cada día.

A saludar al Rey luégo partamos.

(Aparte á Bánquo.)

En el caso pensad.—Más adelante,
Pesado todo bien, hablar podemos
Con franqueza los dos.

BÁNQUO. (Aparte á Macbéth.) Con sumo gusto.

MACBÉTH. (Aparte á Bánquo.)

Hasta entónces. No más. Venid, amigos.
(Vánse.)

ESCENA IV.

Fóres. Habitación en el Palacio.

Clarines.—Entran DÚNCAN, MÁLCOLM, DONALBÁIN,
LÉNNOX, y acompañamiento.

DÚNCAN. ¿Se hizo justicia en Cáudor? ¿Los que fueron
Con la mision han vuelto?

MÁLCOLM. Soberano,
No han vuelto aún; mas pude hablar con uno
Que lo ha visto morir, quien asegura
Que confesó sus yerros, impetrando
Vuestro perdon, de todo arrepentido.
Fué el final lo mejor de su existencia.
Murió cual si adiestrado en vida fuese
A ceder lo que tuvo en más estima
Cual objeto el más fútil.

DÚNCAN. Arte alguno
Puede por el semblante hallar del alma
La calidad. En ese caballero
Deposité mi confianza entera.

Entran MACBÉTH, BÁNQUO, ROSS y ANGUS.

¡Digno pariente mío! Me agobiaba
Ya de mi ingratitud el peso grave.
Tan léjos fuísteis que alcanzar no os pueden
Del galardón ni las veloces alas.
Ojalá hiciérais ménos: quedaría
La proporcion de gracias y mercedes
A mi favor. Diré no más, que os quedo
Deudor de mucho que pagar no puedo.

MACBÉTH. La lealtad y el deber que me encadenan
Se pagan con mostrarse. Corresponden
A vuestra majestad nuestros servicios.
Nuestros servicios son del trono y reino
Los hijos y criados; sólo hacen
Cuanto deben hacer, haciendo todo
Por vuestro amor y honor.

DÚNCAN. ¡Muy bien venido!
Planta sois que en mi afecto echais raíces:
Cuidaré que seais grande. ¡Noble Bánquo!
No merecísteis ménos, y es forzoso
Que lo proclame así: que yo os estreche
Junto á mi corazón.

BÁNQUO. Allí germine,
Que la cosecha es para vos.

DÚNCAN. Mi dicha,
Hoy tan cabal, en lágrimas se ahoga.
Hijos, deudos, señores, y vosotros
Allegados á mí, deciros quiero
Que nombro sucesor de mis estados
A mi hijo Málcolm, quien, de hoy más se
De Cumberlanda príncipe. Forzoso [nombre
Es, sin embargo, que este honor no quede
Sin compañía; y, por tanto, como estrellas
Títulos de nobleza sobre aquellos
Que lo merecen brillarán.—Ahõra

- A Inverness, á aumentar la deuda mía.
- MACBÉTH. Descansar es trabajo á vos ajeno.
Ansío preceder vuestra llegada ;
Y alegrar los oídos de mi esposa
Con la nueva.—La vénia, pues, os pido.
- DÚNCAN. ¡Mi digno Cádor!
- MACBÉTH. (Aparte.) ¡Príncipe heredero!
Tropiezo es ese que postrarme debe,
O he de saltar, pues mi camino estorba.
Estrellas, no brilleis: la luz no vëa
Lo que mi negro corazon desëa.
Ojos, mi mano hará lo que os da espanto.
Miradla de soslayo miétras tanto. (Váse.)
- DÚNCAN. Noble Bánquo, es verdad: es un valiente,
Me sirve de alimento que lo alaben;
Es para mí un festin. Vamos, señores,
Tras quien á festejarnos nos precede.
¡Es un deudo sin par!
Clarines. (Vánse.)

ESCENA V.

Inverness. Habitación en el Castillo de Macbéth.

Entra LADY MACBÉTH leyendo una carta.

- L. MACB. «Saliéronme al encuëntro el día de la victoria; y sé de modo cierto que alcanzan más ciencia de la que es dada á los mortales. Cuando ardía en desëos de interrogarlas más estrechamente, se convirtieron en aire, en el cual se evaporaron. Miétras yacía absorto y asombrado, llegan mensajeros del Rey que me victorëan como á señor de

So I Icar!

Cáudor, título con el cual me habian salu-
dado estas tres hermanas hechiceras, anun-
ciándome el porvenir con «¡Salve, futuro
Rey!» Me ha parecido bien confiarte lo ocur-
rido, amada compañera de mi grandeza,
para que ni siquiera un instante dejes de
gozar, ignorándola, la grandeza que te pro-
nostican. Piensa en ello y adiós.»

Glámis eres y Cáudor! Lo restante
Tambien se cumplirá; mas desconfío
De tu carácter, por demás repleto
Del lácteo jugo de humanal clemencia,
Para ir por el atajo. Quieres gloria,
Y ambicion no te falta, mas la buscas
De mal exenta. El grande fin que ansias
Por santos medios conseguir quisieras.
No quieres ser traidor; y, sin embargo,
De la traicion te aprovecharás. Quieres,
¡Oh gran Glámis! aquello que nos grita:
«Así se debe hacer para obtenerlo;
Y aunque hacerlo me espanta, no quisiera
Que hecho se deshiciese.»—¡Presto acude!
Mi espíritu yo vierta en tus oídos,
Y, con el brío de mi lengua, azote
Cuanto impida alcanzar esa corona
Que el hado y metafísica influencia
A tus sienas destinan.

Entra un SIRVIENTE.

¿Dí, qué ocurre?

SIRVIENTE. Llega esta noche el Rey.

L. MACB.

Pero ¿estás loco?

¿No está con él tú amo? Si así fuese
Para su recepcion nos avisara.

SIRVIENTE. Si tal. Nuestro señor tambien se acerca.
Adelantóse un camarada mío

Que aliento apénas suficiente trajo
Para dar el mensaje.

L. MACB.

Que le cuiden;
Trae grandes nuevas. (Váse el Sirviente.)

Su graznido al cuervo
Enronquece, de Dúncan anunciando
La llegada fatal á mi castillo.
¡Oh del pensar espíritus motores!
Llegad vosotros y anulad mi sexo.
Llenadme de los piés á la cabeza
Con colmo de crueldad inextinguible,
Y mi sangre espesad. Cerrad el paso
A los remordimientos: que no lleguen
Ni escrúpulos ni lástimas mundanas
A turbar mi propósito siniestro
Ni entre él y el golpe interponerse puedan.
Acudid y en mis pechos maternales
Trocad la leche en hiel, génios del crimen,
Doquiera que incorpóreos en esencia
Móviles sois de la maldad humana.
Ven, noche oscura, y al tender tu palio
Roba al infierno su humareda espesa,
Y ver no pueda mi fatal cuchilla
La herida que ha de hacer, ni el cielo aparte
Para acechar el manto ennegrecido,
Y, «Detente, detente», vocifere.

Entra MACBÉTH.

¡Gran Glámis! ¡noble Cáudor; más excelso
Por el salve profético quë ámbos!
Me trasportó tu escrito á gran distancia
De este oscuro presente; y el futuro
Gozo en este momento.

MACBÉTH.

Amada mía,
Dúncan llega esta noche.

L. MACB.

¿Cuándo parte?

MACBÉTH. Mañana, segun dice.

L. MACB. ¡Oh! Jamás verá el sol ese mañana.
Es un libro tu rostro, dueño mío,
Donde escritos se ven graves sucesos:—
Desmiente lo actual, y tu apariencia
Cuadre con lo actual.—La bien venida
Den tu lengua, tus manos y tus ojos.
Sé la inocente flor que oculta al áspid,
Y el asunto tremendo de esta noche
Déjame dirigir, que en lo futuro
Nos dará cada noche y cada día
La potestad de régia jerarquía.

MACBÉTH. Hablarémos.

L. MACB. Alegre quiero verte.
Que de cobardes es trocar su suerte. (Vánse.)

ESCENA VI.

Inverness. Ante el Castillo de Macbéth.

Clarines. — Sirvientes de Macbéth con antorchas. — Entran DÚNCAN, MÁLCOLM, DONALBÁIN, BÁNQUO, LÉNNOX, MACDUFF, ROSS, ANGUS y acompañamiento.

DÚNCAN. Bella es la situacion de este castillo;
Y este céfiro dulce y apacible
Los sentidos alegra.

BÁNQUO. Del verano
El huésped eternal, la golondrina
Que en las iglesias mora, bien demuestra
Con su gentil arquitectura, cómo
Trasciende á amor el hálito del cielo.
No hay ni pilar, ni friso, ni resalto,

Ni ángulo que el ave no aproveche
 Con su lecho colgante y fértil cuna.
 Es de observar cuán grato es el ambiente
 En sitios donde acuden á hacer cría.

DÚNCAN. ¡Ved! ¡ved! ¡Llega la noble castellana!

Entra LADY MACBÉTH.

El amor que nos tienen, con frecuencia
 Se aprecia cual amor, y es nuestra cuita.
 De aquí vereis, que á Dios rogar os toca
 Que á mí me pague los favores vuestros
 Y que vuestro trabajo me agradezca.

L. MACB. Todos nuestros esfuerzos duplicados
 Y otra vez repetidos, corta cosa
 Fueran para pagar tantos favores,
 Tanto honor como logra nuestra casa
 De vuestra majestad.—Por las mercedes
 Pasadas y recientes dignidades
 Con que así nos colmaís, por vos rezamos.
 DÚNCAN. ¿Do está el señor de Cádor? Le seguimos
 De cerca, y el propósito tenía
 De anticiparme yo—pero ¡es jinete!
 Y su excesivo amor, cuya fineza
 Con su aguijon quizás parejas corre,
 Antes de llegar yo, le trajo á casa.
 Hermosa y noble castellana, somos
 Huéspedes esta noche.

L. MACB.

Los criados

De vuestra majestad tienen los suyos.
 Ellos mismos lo son y cuanto tienen;
 Y siempre en data están de vuestra cuenta,
 Como que vuestros son.

DÚNCAN.

Dadme la mano:

Conducidme á mi huésped. Gran cariño
 Le tengo y en mi gracia fijo yace.
 Permitidme, señora. (Vánse.)

ESCENA VII.

Galería en el Castillo de Macbétb.

Clarines y antorchas. — Entran y atraviesan la escena un mayordomo y varios criados con bandejas, etc., y luégo MACBÉTH.

MACBÉTH. Si hecho quedara con hacerse!... ¡pase!
 ¡Se hiciera pronto!—¡Si al clavar el hierro
 El paso se cerrase á las resultas
 Y el éxito, cesando, se lograra!
 ¡Fuera este golpe el todo, el fin de todo!
 De aquí, de estos escollos, de cabeza
 Me arrojara en el mar de nueva vida.
 Mas la razon nos queda en casos tales.
 Intransigentes máximas se enseñan
 Que, aprendidas, retornan y al mäestro
 Tormento dan.—La impávida justicia
 Hace que apuren nuestros propios labios
 De nuestro propio cáliz el veneno.—
 Le debo doble fé. Primeramente
 Soy su deudo y vasallo, dos motivos
 Poderosos: despues, cual huésped, debo
 De su asesino defender las puertas,
 Y no empuñar yo mismo la cuchilla.
 Además, este Dúncan tan humilde
 Fué en el poder, tan justo en el gobierno,
 Que sus virtudes, ángeles alados,
 Publicarán con penetrantes voces
 La maldicion del bárbaro asesino.
 La compasion, recién-nacido infante,
 Cual querubin desnudo, cabalgando
 Del aire en los corceles invisibles,

Á todos narrará la horrenda hazaña ;
 Y acallarán las gentes con su lloro
 Al fiero vendaval.—Me aguijonēa
 Sólo ambicion de alzarme hasta la cima ,
 Y me estrello , al saltar , del lado opuesto.

Entra LADY MACBÉTH.

¿Qué ocurre , dí?

L. MACB. Termina ya la cena.

¿Por qué te fuiste?

MACBÉTH. ¿Acaso me ha llamado?

L. MACB. ¿Por ventura , lo ignoras?

MACBÉTH. Adelante

Seguir en esta empresa no es posible.
 Me ha colmado de honores , he adquirido
 Inmensa fama entre las gentes todas ,
 Galas brillantes que vestir hoy debo
 Y no tan pronto desechar.

L. MACB. ¿Estaba

Ébria , pues , la esperanza que hace poco
 Te vestía?—¿Durmió? ¿Despierta acaso
 Y pálida y estúpida , contempla
 Lo que supo mirar tan arrogante?
 ¡Cuánto vale tu amor sé desde ahora!
 ¿Tienes miedo , quizás , de ser el mismo
 En ánimo y en obras que en desēos?
 ¿Quieres tú lo que aprecias cual la vida,
 Y en tu propia opinion vivir cobarde ,
 Dejando vaya en pos el « No me atrevo »
 Del « Lo haría?» La fábula recuerda
 Del gato desgraciado.

MACBÉTH. ¡Por Dios , calla!

Me atrevo á hacer lo que cualquiera hiciere:
 Hombre nõ es quien hace más.

L. MACB. Pues , díme.

¿Qué fiera de este asunto habló conmigo?

Cuando tú te atrevías, eras hombre.
 Para ser más quẽ eres, te atrevías
 Á ser tanto más hombre. Te faltaban
 El momento, el lugar, y, sin embargo,
 Buscarlos procurabas. ¡Hoy te vienen
 Á las manos, y el ánimo te quitan! —
 He amamantado y sé cuánta ternura
 Despierta el tierno infante á quien criamos—
 Pues, miẽtras me mirara sonriente,
 El pezon le arrancara con fiereza
 De sus tiernas encías, y sus sesos
 Contra el suelo estrellara, si faltase
 Á un juramento yo, como tú faltas.

MACBÉTH.

¿Si fracasamos?...

L. MACB.

¡Fracasar nosotros!

Afianza tú de tu valor las tuercas,
 Y no fracasaremos. Cuando Dúncan
 Duerma,—y al sueño disponerle debe
 De hoy el largo viaje,—á sus dos guardias
 Yo saciaré de vinos y licores,
 De modo tal, que en ellos la memoria,
 Custodio del cerebro, será hũmo,
 Y del juicio la cárcel mero limbo.
 Sueño brutal sus cuerpos saturados
 Transformará en cadáveres. ¿Sin guardias
 No es fácil disponer á nuestro antojo
 De Dúncan ya? ¿Y á sus bẽodos jefes
 Yo y tú no lograremos que se achaque
 Nuestro nefando crimen?

MACBÉTH.

Dá varones

Á luz no más: que tu indomable temple
 Se preste á concebir hombres tan sólo.
 ¿No se habrá de crẽer cuando con sangre
 Manchemos á los ébrios centinelas,
 Y usemos sus puñales, que ellos fueron?

L. MACB. ¿Quién osará crëerlo de otro modo,
Oyendo nuestros ayes y clamores,
Divulgada su muerte?

MACBÉTH. ¡Decidido
Estoy al fin! y mis potencias todas
Á este tremendõ acto se encaminan.
Que en nuestro aspecto nada se trasluzca:
La fementida faz oculte artera
Lo que en el pecho fementido impera. (Vánse.)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

Inverness. Patio en el Castillo de Macbéth.

Entra BÁNQUO, precedido de FLEANCIO con una antorcha.

BÁNQUO. ¿Que hora tenemos, hijo?

FLEANCIO. El reloj no escuché, pero la luna
Traspuesta va.

BÁNQUO. Se oculta á media noche.

FLEANCIO. Más tarde me parece.

BÁNQUO. Tén la espada.—
Ahórrar parece el cielo; sus candiles
Apagados están.—Tambien tén eso—
Me oprime el sueño con su plúmbea mano;
Mas no quiero dormir.—Dios bondadoso,
Refrena las idéas maldecidas
Que á perturbarme en mi reposo vienen.—
Dame la espada tú.—¿Quién es?

(Entran MACBÉTH y un criado con una antorcha.)

MACBÉTH.

Amigo.

BÁNQUO. ¡Qué! ¿Levantado aún? Ya el Rey descansa.
Alegre como nunca se ha mostrado,
Y encomió sin cesar vuestros obsequios.
Este diamante á vuestra esposa envía,
A la cual llama su gentil patrona.
Gozoso fué á su lecho.

MACBÉTH. Sin aviso,
Se esclavizó la voluntad á faltas
Que salvara tal vez, obrando libre.

BÁNQUO. No ha habido falta que notar.—Anoche
Soñé con las hermanas hechiceras:
Con vos algo veraces se han mostrado.

MACBÉTH. No me preocupan.—En sazon propicia,
Sin embargo, pudiera consagrarse
Un momento á este asunto, si os agrada.

BÁNQUO. Cuando gustéis.

MACBÉTH. Siguiendo mi consejo
Honra obtendreis.

BÁNQUO. Con tal que no la pierda
Tratando de aumentarla, y que respire
Libre mi pecho, y mi lealtad no enturbie,
Lo aceptaré.

MACBÉTH. Pues descansad en tanto.

BÁNQUO. Mil gracias: igualmente.
(Vánse Bánquo y Flëancio.)

MACBÉTH. Vé: dile á tu señora que me llame
Cuando aliste mi copa. Vete al lecho.
(Váse el criado.)
¿Es un puñal lo que mis ojos miran
Vuelto el puño hácia mí? ¡Ven á mis manos!
No te logro alcanzar aunque te vëo.
¿Eres, fatal vision, sensible sólo
A la vista, no al tacto? O ¿por ventura
Fantástico puñal, creacion mentida
De un cerebro que ardor febril inflama?

Aún te vëo con forma tan palpable
 Cual éste que ahora empuño.
 Me indicas el camino que llevaba,
 Y el arma misma que esgrimir debïa.
 ¡Burla mis ojos son de otros sentidos
 O más que todos valen!—Aún te vëo.
 Y tu cuchilla y puño relucientes
 Sangre destilan ya.—¡Mentira todo!
 Es el sangriento asunto que se informa
 A mis ojos así. Naturaleza
 Ahora en un hemisferio desfallece.
 Turba sueño nefando á quien cobija
 Rico dosel. Dan culto en su aquelarre
 A la pálidã Hécate las brujas;
 Y el homicidio escuálido, al que alarma
 Su centinela el lobo carnicero
 Aullando horrible alerta, sigiloso,
 Con los lascivos pasos de Tarquino
 Hácia su objeto cual fantasma cunde.
 Tierra fija y segura, que mis pasos
 Ni escuches ni adivines, no suceda
 Que hasta tus piedras mismas me delaten.
 Anula, tú, de la presentë hora
 El horror que con ella se armoniza.
 ¡Amenazo y él vive!—Con su aliento
 Las palabras enfrïan las acciones.

(Suena una campana.)

¡Vamos! ¡Ya es hecho!—Dúncan, que no es-
 [cuches
 De esa campana él són que á mí me invita,
 Y al cielo ó al infierno á tí te cita. (Váse.)

MACBÉTH. ¡Espectáculo horrendo! (Mirándose las manos.)

L. MACB. ¡Necia idëa!

¿Por qué horrendo espectáculo lo llamas?

MACBÉTH. Durmiendo el uno sonrió y el otro
Gritó «¡Asesino!», y despertaron ámbos.
Inmóvil los miré, pero en seguida
Rezaron, y quedáronse dormidos.

L. MACB. Dos postes son tan sólo.

MACBÉTH. Dijo el uno
«Que nos bendiga Dios», y «Amén» el otro
Con estas manos de verdugo al verme
Su asombro contemplando.—Yo no pude
Repetir el «Amén» cuando dijeron
«Que nos bendiga Dios.»

L. MACB. No así te agites.

MACBÉTH. Mas ¿por qué pronunciar «Amén» no pude?
Necesidad de bendicion tenía,
Pero el «Amén» pegóse á mi garganta.

L. MACB. Si damos en pensar en tales cosas
De este modo, perder se puede el juicio.

MACBÉTH. Pensé öir una voz que me decía:
«Macbeth, no duermas que mataste al sueño.»
Al inocente sueño que entreteje
Del dolor la madeja enmarañada;
La dulce muerte del vivir diario,
Baño reparador de la fatiga
Y bálsamo del alma que padece;
Esa otra existencia que seguimos;
Del festin de la vida el más sabroso
Nutritivo manjar.

L. MACB. ¿Pero qué dices?

MACBÉTH. Pues me gritó «No duermas» en voz alta.
«Glámis al sueño asesinó, por tanto
Cáudor no dormiré, Macbéth tampoco.»

L. MACB. ¿Mas quién eso gritaba?—Dueño mío,

No así rebajes tu valor, ni dejes
Que á tu razon el vértigo avasalle.
Vé, procuratē agua.—Lava en ella
De tus manos el súcio testimonio.—
¿De su sitio las dagas á qué quitas?
Allí han de estar.—Vé, llévalas y mancha
Con sangre á los dormidos centinelas.

MACBÉTH. No vuelvo más.—El miedo me estremece
Tan sólo con pensar en lo que hice:
Otra vez á mirarlo, no me atrevo.

L. MACB. ¡Cuán débil eres!—Dame acá las dagas.—
Estatuas son los muertos y dormidos.
Al niño solamente se le asusta
Con la imágen del diablo.—Si da sangre
Yo adornaré la faz de esos sirvientes,
Pues suyo debe aparecer el hecho.
(Váse. Se oyen golpes.)

MACBÉTH. ¿Dónde llaman?—¿Cuál es mi triste estado
Cuando el rumor más leve me horroriza!—
¿Mas qué manos son éstas? ¡Ah! Mis ojos
Arrancar de sus órbitas pretenden.—
¿Podrá tal vez el Océano inmenso
De mis manos lavar toda esta sangre?
¡No! Más bien las inmundas manos mías
Ese mar de esmeralda enrojecieran.

Vuelve á entrar LADY MACBÉTH.

L. MACB. Rojas están mis manos cual las tuyas.
Me avergonzara de tener tan blanco
Cual tú mi corazon. A la portada
(Se oyen golpes.)
Del Sur llamando están.—A nuestra alcoba.
El agua de sospechas nos redima.
¡Cuán fácil estō es!—Tu atrevimiento
Exhausto te ha dejado. — Escucha. — Aún
[llaman.

Ponte el nocturno traje, no descubran
Que hemos estado en vela.—No te engolfes
Así en tus pensamientos.

MACBÉTH.

¡Desearía

No pensar, recordando lo que hice!

¡Dúncan, oye el rumor! ¡Así pudieras! (Vánse.)

ESCENA III.

(Se oyen golpes.)

Entra un PORTERO.

PORTERO. ¡Vaya un modo de llamar! Fuera uno portero del infierno y gran práctico sería en abrir puertas. Lláma, lláma, lláma. ¿Quién es, por vida de Belzebú? ¿Si será algún labrador que se ha ahorcado porque esperaba abundante cosecha? Lláma, lláma. ¿Quién es, por vida del otro diablo? ¡Vaya! Éste es un prevaricador dispuesto á prestar juramento en cualquier plato de la balanza contra el plato opuesto.—Gran traidor sería por el amor de Dios; pero no pudo prevaricar hasta el punto de entrar en la gloria.—Entra, prevaricador. Lláma, lláma. ¡Vaya! aquí llega un sastre inglés que ha sisado tela de unas bragas francesas.—Entra sastre, calienta aquí tus planchas. Demasiado frío hace aquí para infierno. Cesó en mi cargo de diablo portero. Pensé abrir la puerta á gentes de diversas profesiones que recorren la florida senda de la hoguera eternal. Otra. Otra. Os suplico que os acordeis del portero.

(Abre la puerta.)

Entran MACDUFF y LÉNNOX.

MACDUFF. ¿Tan tarde te has acostado que tan tarde te levantas?

PORTERO. Señor, para decir verdad, estuvimos de fiesta hasta el segundo canto del gallo.

MACDUFF. ¿Está levantado tu amo? Nuestros golpes le han despertado. Aquí llega.

Entra MACBÉTH.

LÉNNOX. Buenos días, señor.

MACBÉTH. Salud á entrambos.

MACDUFF. ¿Ha despertado el Rey?

MACBÉTH. No, todavía.

MACDUFF. Me ordenó que temprano lo llamara;
Y es tiempo ya.

MACBÉTH. Dejad que yo os conduzca.

MACDUFF. Este trabajo para vos es goce,
Pero es trabajo.

MACBÉTH. Los trabajos gratos
La medicina son de las molestias.
La puerta ved.

MACDUFF. Á penetrar me induce
Mi obligacion. (Váse.)

LÉNNOX. ¿Su majestad hoy parte?

MACBÉTH. Así dejó dispuesto.

LÉNNOX. Tormentosa
La noche ha sido. El viento ha derribado
De nuestro pabellon las chimenëas.
Se oyeron, segun dicen, en el aire
Lamentos y quejidos de agonïa,
Y proféticas voces que anunciaban,
Con acento terrible, destructores
Incendios y sucesos pavorosos
Para el presente mísero incubados.
Se ha escuchado del ave tenebrosa
La voz toda la noche, y otros dicen

Que la tierra, febril se estremecía.

MACBÉTH. Fiera ha sido la noche.

LÉNNOX. No recuerda

Otra peor mi juvenil memoria.

Vuelve á entrar MACDUFF.

MACDUFF. ¡Horror! ¡Horror! ¡Horror! ¡Lengua ninguna
Ni corazon te entienda ni te nombre!

MACBÉTH y LÉNNOX. ¿Qué ocurre?

MACDUFF. La traicion ha ejecutado

Hoy sü obra mäestra. El asesino
Sacrilego vilmente hurtó del templo
Consagrado al señor la noble vida.

MACBÉTH. Mas ¿qué decís? ¿La vida?

LÉNNOX. ¿Del monarca?

MACDUFF. Á la alcoba llegad; ¡cegad, mirando
Este gorgóneo horror! Hablar no puedo:
Mirad y hablad despues.

(Vánse Macbéth y Lénnox.)

¡Alerta! ¡Alerta!

¡Á rebato tocad! ¡Traicion! ¡Infamia!

¡Oh Bánquo! ¡Donalbáin! ¡Málcolm! ¡Alerta!

¡Sacudid ese símil de la muerte,

Y ved la muerte misma! ¡Presto! ¡Presto!

¡Mirad su eterna imágen! ¡Málcolm! ¡Bánquo!

El lecho cual si fuese vuestra tumba

Dejad ya, y acercaos, cual fantasmas,

Á contemplar tamaño horror.

(Tocan á rebato.)

Entra LADY MACBÉTH.

L. MACB. ¿Qué ocurre,

Que así se llama con tan fieros gritos

De esta casa á los huéspedes que aún duermen?

Hablad, hablad.

MACDUFF. No á vos ¡oh tierna dama!

Os corresponde el escuchar mis frases;

Repetirlas á oídos femeniles.
Asesinato fuera.

Entra BÁNQUO.

¡Bánquo! ¡Bánquo!

Nuestro monarca asesinado ha sido.

L. MACB. ¡Eterno Dios! En nuestra propia casa.

BÁNQUO. ¡Aquí y en donde quiera es espantoso!
Desdícete por Dios; dí que no es cierto.

Vuelven á entrar MACBÉTH y LÉNNOX.

MACBÉTH. Hubiera muerto yo momentos ántes
Y mi existencia bendecir podría.
Mi vida desde hoy perdió su objeto.
Inútil todo es ya. Renombre, gloria,
Han perecido. Del vivir el néctar
Escanciado fué ya. Quedan tan sólo
Las heces en la mísera vasija.

Entran MÁLCOLM y DONALBÁIN.

DONÁLB. ¿Qué es esto?

MACBÉTH. ¿Y eres tú quien lo pregunta?

El principio, la fuente de tu vida
Ya se agotó. Ya se agotó en su origen.
Tu régio padre asesinado ha sidó.

MÁLCOM. ¡Oh! ¿Por quién?

LÉNNOX. Por los guardias de su alcoba.

Al parecer. Sus caras y sus manos
Tintas en sangre estaban. Sus puñales,
Aún sin limpiar junto á sus mismos lechos.
Delirantes, miraban asombrados:
Nadie seguro en su presencia estaba.

MACBÉTH. ¡Ah! Mas lamento mi furor que muerte
Me hizo dárles.

MACDUFF. ¿Por qué tal cosa hicísteis?

MACBÉTH. ¿Quién puede ser discreto en el asombro?

¿Ni prudencia tener enfurecido?

¿Ó ser leal é indiferente? Nadie

De mi activo cariño la viveza
 Atropelló de mi razon la calma.—
 Dúncan aquí tendido ; bordëando
 Su piel de plata su preciosa sangre.
 Sus profundas heridas eran brechas
 Que á una muerte crüel dieron entrada.
 Allí los asesinos, recubiertos
 Del color de su oficio. Sus puñales
 Brutalmente manchados. ¿Quién podía,
 Con corazon amante, y valeroso
 Al par para mostrarlo, contenerse?

L. MACB. ¡Ay Dios, de aquí llevadme!

MACDUFF. Á la Señora
 Atended.

MÁLCOLM. (Aparte á Donalbáin.)

¿Y callamos, cuándo muchos
 Achacarnos podrán el argumento?

DONALB. (Aparte á Málcorm.)

Lo que se hablara aquí fatal nos fuera.
 Partamos : nuestras lágrimas no pueden
 Aún fermentar.

MÁLCOLM. (Aparte á Donalbáin.) Ni nuestra pena horrible
 Mostrarse en tal premura.

BÁNQUO. Á la Señora

Atended. (Llévanse á Lady Macbéth.)

Y despues que nos vistamos
 Reunirnos fuerzã es ; y este sangriento
 Suceso investigar con más reposo.
 Recelos y temores nos perturban.
 Me hallo de Dios en la potente mano ;
 Desde allí , toda implícita sospecha
 De traidora malicia desafío.

MACDUFF. Y yo tambien.

TODOS. Y todos igualmente.

MACBÉTH. Con diligencia varonil en junta

En el salon nos reuniremos.

Todos.

Sëa.

(Vánse todos ménos Málcólm y Donalbáin.)

MÁLCOLM. ¿Qué haces tú? No con ellos concertemos.
Honda pena mostrar nunca sentida
Es arte fácil para el hombre falso.
Yo iré á Inglaterra.

DONALB.

Á Irlanda yo; con suerte

Separada vivimos más seguros.
Tórnanse aquí puñales las sonrisas:
Los que la sangre ha unido la derraman.

MÁLCOLM. El asesino proyectil que arrojan
No ha reventado aun, y nos conviene
Burlar su direccion. Montemos presto
Y, sin decir adiós, luégo partamos.
Para abscondernos la razon nos sobra,
Que no hay piedad aquí cuando se cobra.
(Vánse.)

ESCENA IV.

Inverness. Exterior del Castillo de Macbéth.

Entran ROSS y un ANCIANO.

ANCIANO. Setentä años recordar me es fácil,
Y en ese tiempo ví cosas extrañas
Y horas de horror; pero tan triste noche
A todo sobrepuja.

Ross.

Buen anciano,
Ved cómo el cielo amenazante mira
Al trágico escenario de los hombres.
Es día por la hora, mas oprime

La oscura noche al luminar errante.
 ¿Triunfa la noche, se avergüenza el día
 Que así la oscuridad sepulta al mundo
 En vez de que lo bese viva lumbre?

ANCIANO. No es natural, cual natural tampoco
 Es el presente caso. Vióse el mártes
 A un orgulloso halcon volando altivo
 Presa ser de una mísera lechuza.

ROSS. Los caballos de Dúncan, los mejores
 De aquella raza, en fieras convertidos
 Rompen de pronto sus establos; huyen,
 E, inobedientes, guerra le declaran
 Al hombre en su furor.

ANCIANO. Se devoraron.

ROSS. Es verdad, con espanto de mis ojos.
 Aquí se acerca el buen Macduff. ¿El mundo,
 (Entra MACDUFF.)

Amigo, cómo va?

MACDUFF. Ya lo estais viendo.

ROSS. ¿Quién fué el autor de tan terrible hazaña?

MACDUFF. Los que Macbéth mató.

ROSS. Pero ¡Dios mío!

¿Y qué les iba en ello?

MACDUFF. Sobornados

Por los dos hijos del Monarca fueron.

ROSS. Otró acto también contra natura.

La pródiga ambicion voraz destroza

Aún el propio alimento de su vida.

Pues puede que Macbéth ocupe el trono.

MACDUFF. Rey le nombraron, y á investirse marcha
 A Esconia ya.

ROSS. ¿Y el cuerpo del rey Dúncan?

MACDUFF. Lo conducen al Cerro de San Colme,
 De sus pasados tumba sacrosanta,
 Custodio de sus huesos.

- ROSS. ¿Vais á Esconia?
- MACDUFF. A Fáife, primo.
- ROSS. Pues á Esconia marchó.
- MACDUFF. Que bien encaminado vaya todo.
Pero entre tanto, adiós: quizás me agrada
Más que nuevo ropaje, ropa usada.
- ROSS. Adiós, Anciano.
- ANCIANO. Quien cual vos hiciere
Del mal el bien, y amigo de enemigo,
Lleva de Dios la bendicion consigo. (Vánse.)

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

Fóres. Habitación en el Palacio.

Entra BÁNQUO.

BÁNQUO. ¡Rey por fin eres! ¡Glámis, Cáudor! ¡Todo!
Cual dijeron las brujas, y recelo
Que obraste con traicion para lograrlo.
Pero no ha de quedar en tu familia.
Soy yo quien ha de ser padre de reyes,
Y si es verdad lo que sus labios dicen,
Como, Macbéth, en tí se ha confirmado,
¿Por qué, pues, son contigo tan veraces,
No podrán ser oráculos conmigo,
Y mi ambicion colmar? Silencio. Basta.

Entran MACBÉTH, de rey, LADY MACBÉTH, de reina, LÉNNOX,
ROSS, Señores, Damas y acompañamiento.

MACBÉTH. El huésped principal aquí se encuentra.

L. MACB. Si nos faltara en nuestro gran banquete,
Grande fuera el vacío.

MACBÉTH. Á una solemne cena, que esta noche
Hemos de dar, señor, os invitamos.

- BÁNQUO. Que vuestra majestad sólo me mande,
Pues se encuentra con lazo indisoluble
Mi voluntad ligada á vos por siempre.
- MACBÉTH. ¿Cabalgais esta tarde?
- BÁNQUO. Sí: tal pienso.
- MACBÉTH. Si no, vuestros consejos reclamara,
Que, en la reunion de hoy, de gran valia
Y sumo alcance fueron. Pero quede
Para mañana. ¿Es léjos el pasëo?
- BÁNQUO. Señor, hasta la hora de la cena;
Pues si no áviva el paso mi caballo
Á la noche, quizás, prestadas pida
Una ó dos negras horas.
- MACBÉTH. No haya excusa.
- BÁNQUO. No faltaré, señor.
- MACBÉTH. Segun me dicen,
En Irlanda mis deudos sanguinarios
Ó en Inglaterra están. Y ni confiesan
Su crüel parricidio, mas propalan
Extrañas invenciones. De este asunto
Mañana hemos de hablar, cuando, reunidos,
Otros graves negocios resolvamos.
¡Ahora á caballo, adiós! Hasta la noche.
¿Flëancio va con vos?
- BÁNQUO. Conmigo viene;
Y es tiempo ya.
- MACBÉTH. Seguros y ligeros
Vuestros caballos sëan, Dios os guarde.
(Váse Bánquo.)
Que cada cual disponga á su capricho
Del tiempo que le resta hasta las siete.
Para apreciar la amena compañía
Al cenar, entre tanto, quedo solo.
Id, señores, con Dios. Hasta más tarde.
(Vánse todos ménos Macbéth y un sirviente.)

¡Escucha, tú! ¿Me esperan esos hombres?

SIRVIENTE. Sí, señor. Á las puertas de Palacio.

MACBÉTH. Que entren aquí.

(Váse el sirviente.)

Ser lo que soy es nada
Sin la seguridad. En Bánquo veo
Amenaza constante; y es temible
Esa régia altivez que le domina.
Es audaz; y á su intrépido carácter
Auna el talento, que al valor induce
Con prevision á obrar. Temo su audacia;
Y mi genio antè él se ve humillado,
Cual humillado estaba Marco Antonio
Ante César. El fué quien á las brujas
Increpó que cual rey me saludaban,
Y hablar les ordenó; y entónces ellas
Con profética voz « Padre de reyes »
Al saludarlo le llamaron. Ponen
En mi frente infructífera corona,
Y me dan á empuñar estéril cetro,
Que debe arrebatarme mano extraña
Con mengua de mis hijos. Si tal fuera,
De Bánquo trabajé por la progenie.
La muerte al noble Dúncan dí por ellos,
Y el cáliz de mi paz por ellos sólo
Llené de hiel. La joya de mi vida,
Al diablo vendo para hacerlos reyes.
¡Hacer reyes de Bánquo á los retoños!
Antes, fatalidad, entra en la lidia,
Y sé mi campëon en este juicio.
¿Quién?

(Vuelve á entrar el sirviente con dos ASESINOS.)

En la puerta espera hasta que llame.

(Váse el sirviente.)

Ayer hablamos.

ASES. 1.º

Sí, señor.

MACBÉTH.

¡Ahõra!

¿Habeis tomado en cuenta lo que os dije?
 Por él y no por mí, como pensásteis,
 En el pasado os vísteis oprimidos.
 En la entrevista que tuvimos, puse
 Tambien de manifiesto de qué modo
 Él os supo explotar, cómo burlaros,
 Quiénes fueron sus cómplices; y, en suma,
 Quedó el asunto claro lo bastante
 Para que el más estúpido ó demente
 Exclamara: «Fué Bánquo.»

ASES. 1.º

Tal hicísteis.

MACBÉTH.

Tal hice y hago más; porque el objeto
 Sabreis de esta entrevista. ¿La paciencia
 De tal modo en vosotros predomina
 Que lo tolerareis?—¿El Evangelio
 Os obliga á rezar por esé hombre
 Tan excelente y por su raza entera,
 Cuando con dura mano hácia el sepulcro
 Os lleva para siempre empobrecidos?

ASES. 1.º

Hombres somos, señor.

MACBÉTH.

Sí tal, sois hombres,

Cual reza del catálogo que perros
 Son los galgos, podencos y lebreles,
 Perdigueros, sabuesos y mastines,
 Perros de agua y de presa. Se distinguen,
 No obstante, en ser activos, ó pausados,
 Por su astucia, cual guardas ó en la caza;
 En consonancia justa con los dones
 Que entre ellos repartió naturaleza;
 Y, por eso, se agrega á cada uno
 Distintivo especial en esa clase
 En que con nombre igual se los denota.
 Tal pasa con los hombres; y, por tanto,

Si el ínfimo lugar en esa serie
Humana no ocupais, luégo decidlo.
Empresa he de sembrar en vuestros pechos
Que de esos enemigos os redima,
Y á nuestro corazon os encadene;
Pues con su vida mi salud se gasta,
Y perfecta sería con su muerte.

ASES. 2.º De esos soy yo, señor, á quien el mundo
Con azares y golpes de tal modo
Ofendiera, que haría cualquier cosa
Para ofender al mundo.

ASES. 1.º Yo lo mismo.
Tan harto de desastres y de luchas,
Que mi vida en cualquier albur jugara
Para enmendarla ó darle fin.

MACBÉTH. Pues, Bánquo,
Ya os dije yo, que es enemigo vuestro.

ASES. 2.º Es muy cierto, señor.

MACBÉTH. Tambien lo es mío.
Y en tan sangrienta inmediacion, que hiere
Cada minuto de su sér mi vida.
Y aunque pudiera, porque así me cuadra,
Barrerlo de mi vista sin reparo,
No quiero hacerlo; porque amigos suyos,
Que míos son al par, y me conviene
No perder, tal accion lamentárian.
Por esto yo reclamo vuestro auxilio,
Para velar del público el asunto,
Cual veis por circunstancias poderosas.

ASES. 2.º Lo que ordeneis, señor, habrá de hacerse.

ASES. 1.º Aunque cueste la vida.

MACBÉTH. Claro luce
El ánimo en vosotros. Sin tardanza
Os tengo de avisar donde apostaros.
Noticias claras os daré del sitio,

Y del momento justo; porque debe
 En esta misma noche ejecutarse.
 Y léjos del Palacio; pues, ya os dije,
 Que es preciso que á mí nadie me inculpe.
 Ni dejareis señal ni rastro alguno.
 Va Flëancio, sü hijo, en su compañía;
 Y, como la del padre, me interesa
 Su desaparicion; por tanto, sufra
 Tambien la suerte del fatal momento.
 Resolved solos, volveré más tarde.

LOS 2 ASES. Ya, señor, resolvimos.

MACBÉTH.

Sin demora

Vendré á veros. Entrad. ¡Está acabado!

(Vánse los asesinos.)

Si tu alma, Bánquo, se encamina al cielo,
 Esta noche ó jamás remonte el vuelo.

ESCENA II.

Otra habitacion en el Palacio.

Entran LADY MACBÉTH y un SIRVIENTE.

L. MACB. ¿Está Bánquo en la Corte?

SIRVIENTE.

No, señora;

Pero vuelve esta tarde.

L. MACB.

Breve rato

Dí que al Rey quiero hablar.

SIRVIENTE.

Sereis servida.

L. MACB.

Nada se obtiene: todo se malogra

Si nuestro anhelo sin placer se logra.

La paz de nuestras víctimas reemplace

Al falso goce que del crimen nace.

Entra MACBÉTH.

Dueño mío, ¿por qué tan solitario,
De tristes pensamientos en compañía,
Y acosado de idéas que debieron
Morir con los sucesos que recuerdan?
Hecho quede lö hecho.

MACBÉTH.

Sólo herimos:

No logramos matar á la serpiente.
Á la lid volverá miéntras incautos
De sus dientes estemos al alcance.
Desquíciese la tierra y arda el mundo
Antes que en tal terror pruebe alimento,
Antes que duerma entre el nocturno espanto
De estos hórridos sueños que me acosan.
Más me valiera estar con los difuntos
Á quienes muerte dí para ensalzarme,
Que yacer en el lecho del tormento
Del éxtasis convulso de mi mente.
Dúncan en su sepulcro ya tranquilo
Duerme acabada su febril carrera.
Ya la traicion no teme, ni puñales,
Ni venenos, ni guerras, ni discordias;
Nada le alcanza.

L. MACB.

Dulce dueño, vamos:

Ese ceño desruga, y esta noche
Que alegre nuestros huéspedes te vëan.

MACBÉTH.

Sí tal. Y á tí tambien, querida mïa;
Acuérdate de Bánquo solamente:
Halágalo con ojos y palabras:
Aún no estamos seguros; y, entre tanto,
Es fuerza que lä honra en los arroyos
De la servil adulacion se lave:
Que nuestros rostros máscaras se tornen
Para ocultar al corazon.

L. MACB.

¡Oh, cesa!

MACBÉTH.

Sierpes sin fin mi espíritu devoran,
¡Oh dulce esposa mía! Bánquo vive,
Y Flëancio tambien.

L. MACB.

No son eternos.

MACBÉTH.

Eso, consuelo es.—Son vulnerables.
Alégrate: no bien su claustro deje
El murciélago vil, ó el monótono
Zumbido del inmundo escarabajo
Dé el somnífero toque de la noche,
Acto tremendo ejecutarse debe.

L. MACB.

¿Qué se va á hacer?

MACBÉTH.

Ignóralo, paloma,
Hasta aplaudirlo.—Ven, noche que ciega.
Cubre los ojos al clemente día,
Y tu mano sangrienta é invisible
Cancele y rompa la hipoteca infausta
Que me hace temblar. La luz se espesa,
Y vuela el cuervo al bosque donde anida;
Las bellezas del día desfallecen;
Y de la noche los agentes negros
Al botin se abalanzan.—¡Estas frases
Te asombran! ¡Calla! Á lo que mal empieza
Sólo el crimen dar puede fortaleza.
Así, pues, ven conmigo.

ESCENA III.

Un parque con una entrada que conduce al Palacio.

Entran tres ASESINOS.

ASES. 1.º

¿Quién te mandó venir?

ASES. 3.º

Macbéth.

ASES. 2.º

No es justo

Que de él vayamos á dudar, pues sabe
Nuestra mision; y á lo que hacer debemos
Nos encamina.

ASES. 1.º Quédese en buen hora.

Aún vacila la luz en Occidente.
Ya espolea el viajero su caballo
Para alcanzar posada.—Ya se acercan
Los que esperamos.

ASES. 3.º Suenan herraduras.

BÁNQUO. ¡Hola! ¡una luz! (Dentro.)

ASES. 2.º Él es. Los que le aguardan

En la explanada están.

ASES. 1.º Y los caballos

Se llevan.

ASES. 3.º Á distancia de una milla.

Pero él, generalmente, como todos,
A pié de aquí á Palacio se dirige.

BÁNQUO. ¡Una luz! ¡una luz!

ASES. 3.º Él es.

ASES. 1.º Espera.

Entran BÁNQUO y FLÉANCIO y un criado con antorcha.

BÁNQUO. Pues esta noche lloverá.

ASES. 1.º ¡Que caiga!

(Hiere á Bánquo.)

BÁNQUO. Traicion. Huye, hijo mío, huyé, huye:
Quizás puedas vengarme.—¡Vil esclavo!
(Muere. Fléancio huye.)

ASES. 3.º ¿Quién apagó la luz?

ASES. 1.º ¡No fué bien hecho?

ASES. 3.º Uno sólo cayó. Fugóse el hijo.

ASES. 2.º Una mitad perdemos del negocio.

ASES. 1.º Vamos á referir lo que ha pasado.

ESCENA IV.

Estrado en el Palacio.— Un banquete.

Entran MACBÉTH, LADY MACBÉTH, ROSS, LÉNNOX,
SEÑORES y acompañamiento.

MACBÉTH. Vuestros rangos sabeis. Tomad asiento.
A todos doy la bienvenida.

SEÑORES. Gracias.

MACBÉTH. A vosotros unido, del banquete
Los honores haré. La Reina nuestra
Ocupe el trono; mas vendrá el momento
En que hemos de pedir su bienvenida.

L. MACB. Por mí dadla, señor, á estos amigos.
Cordialmente, señores, os saludo.

MACBÉTH. Ved: con el corazon os lo agradecen.
(Aparte á Lady Macbéth.)

Iguales ambos lados.—Yo en el centro.
(Aparece el ASESINO primero á la puerta.)

Regocijãos. Beberemos juntos
Un trago en derredor.—Está manchada
Tu faz de sangre. (Al asesino.)

ASES. I.º Pues será de Bánquo.

MACBÉTH. Mejor tú con la de él, que él con la tuya.
¿Se despachó?

ASES. I.º Ya dellogado queda.

Esö hice, señor.

MACBÉTH. Pues te titulo

Degollador insigne; y, excelente
Es tambien quien tal hizo con Flëancio:
Si es que lo hiciste tú, sin par te nombro.

ASES. I.º Señor, el hijo se escapó.

MACBÉTH.

Pues vuelven

Mis zozobras: si no, feliz yo fuera;
Duro cual mármol, firme como roca,
Libre y sin trabas como el aire ambiente.
Cercado, restringido, confinado,
Limitado por dudas y temores,
En cambio estoy. Mas ¿Bánquo está seguro?

ASES. I.º

¡Ah! Sí, señor. Seguro en hondo foso;
Y veinte heridas tiene en la cabeza,
Que la menor su muerte causaría.

MACBÉTH.

Gracias por eso. La serpiente ahí yace;
El prófugo gusano, con el tiempo,
Podrá criar veneno. Por ahora
Dientes no tiene. Véte. Hasta mañana.
Que otra vez nos veremos.

(Váse el asesino.)

L. MACB.

Dueño mío,

No animas el festin, que desfallece
Si tu voz no lo alegra. Miéntras dura
Plácemes se han de oír; si no, más vale
En familia yantar. Los agasajos
La salsa deben ser de los banquetes,
Que sin ellos insípidos serían.

MACBÉTH.

¡Dulce Mentor! Del apetito hoy sea
La buena digestion, la sierva humilde,
Y de ámbos la salud.

LÉNNOX.

Señor, sentaos.

MACBÉTH.

La honra aquí del país se cobijara
Si el dignísimo Bánquo no faltase,
Á quien quiero culpar de negligente,
Y no compadecer por contratiempo.

Entra la sombra de Bánquo y se sienta en el sillón de Macbéth.

LÉNNOX.

Á su tardanza su promesa inculpa.
Que vuestra majestad se sirva honrarnos

Con su rēal compaña.

- MACBÉTH. No hallo sitio.
- LÉNNOX. Aquí, señor, teneis el vuestro.
- MACBÉTH. ¿Dónde?
- LÉNNOX. Aquí, señor.—Mas ¿qué es lo que os agita?
- MACBÉTH. ¿Quién de vosotros es quien estō hizo?
- LÉNNOX. ¿Qué, señor?
- MACBÉTH. No direis que yo lö hice.—
No me mires moviendo tus cabellos
Empapados en sangre.
- ROSS. Alzãos, que indispuerto el Rey sē halla.
- L. MACB. No tal, sentãos. Á mi esposo, amigos,
Esto suele ocurrir desde muy jóven.
Permaneced sentados. Os lo ruego.
Es momentáneo el trance, y ahora mismo
Le pasará. Si en él haceis reparo
Le ofendereis, y aumentará su angustia.
Comed, no le hagais caso.—¿Y eres hombre?
(Aparte á Macbéth.)
- MACBÉTH. Y un valiente, pues miro cara á cara
Lo que al mismo Satán espantaría.
- L. MACB. ¡Brava sandez! ¡Del miedo son creaciones!
Es el puñal aéreo que dijiste
Que á Dúncan te guió.—Tales salidas
Y sobresaltos tu pavor delatan,
Y cuadrarían á raíz de un cuento
Que, al amor de la lumbre, tosca jóven
Narrara con permiso de su abuela.
¡Qué vergüenza! ¿Qué gestos son los tuyos?
¡Acaba! y tu sillón verás tan sólo.
- MACBÉTH. No tal. Mira. Contempla. ¿Lo estás viendo?
¿Y ahora qué dices? Pero ¡qué me importa!
Menēas la cabeza. Pues bien, habla.
Si las tumbas y osarios nos devuelven
Lo que enterramos, los Palacios sēan

Comederos de buitres. (Váse el fantasma.)

L. MACB.

Pero dime,

¿Tan de remate estás?

MACBÉTH.

¡Por vida mía!

Te juro que lo he visto.

L. MACB.

¡Qué vergüenza!

MACBÉTH.

Antes de ahora derramóse sangre:
En los remotos tiempos, cuando al mundo
Aún no purgaban saludables leyes.
Y aun crímenes despues se cometieron
Cuyo relato espanta. Pero entónces
Los hombres cuyos sesos se saltaban
Morían y no más. Pero ahora vuelven,
Y de nuestros sillones nos arrojan.
¡Es esto aún más extraño que mi crimen!

L. MACB.

Tus amigos, señor, te echan de ménos.

MACBÉTH.

Me olvidé. Nobilísimos amigos,
No os ocupeis en mí. Quien me conoce
Ni advierte mi dolencia extraordinaria.
¡Vamos! ¡Salud y mi amistad á todos!
¡Siéntome, pues! Llenad con colmo el vaso.
Brindo por el contento del concurso,
Y á la salud de Bánquo, nuestro amigo,
Que nos falta. ¡Pluguiera á Dios llegase!
Por vosotros, por él. Brindo por todo.
Para todos.

(Vuelve á aparecer la sombra de Bánquo.)

SEÑORES.

Es nuestro vuestro bríndis.

MACBÉTH.

¡Atrás! Huye de mí. Que te confunda
La tierra. Están sin tuétano tus huesos.
Helada está tu sangre; no se fija
La imágen en tus ojos relucientes.

L. MACB.

Es, señores, su ataque conocido;
No es otra cosa, mas la fiesta enturbia.

MACBÉTH.

Me atrevo á hacer lo que haga el más valiente.

Ven cual oso feroz, cual formidable
 Rinoceronte, ó tigre de la Hircania,
 Y en cualquier otra forma ménos esa
 No temblarán mis nervios impasibles.
 Ó vive nuevamente, y al desierto
 Cítame con tu espada; si á encontrarte
 Trémulo acaso voy, de una nodriza
 Proclámame la cría. ¡Fiera sombra!
 ¡Atrás: atrás, quimérico fantasma!
 (Desaparece el fantasma.)

¿Te vas? Pues, ido, torno nuevamente
 Á ser hombre.—Sentäos. Yo os lo ruego.

L. MACB. Has aguado la fiesta, y fin pusiste
 Á la reunion con tu demencia extraña.

MACBÉTH. ¿Cómo es posible que esto sobrevenga,
 Cual tormentosa nube de verano,
 Sin causar nuestro asombro? Mas ähora
 Aún de mí propio dudo, cuando miro
 Que podeis contemplar tales visiones
 Conservando el carmin de las mejillas,
 Miéntras las mias emblanquece el miedo.

ROSS. ¿Qué visiones, señor?

L. MACB. Callad, suplico.

Crece su mal. La discusion le ofende.
 A separarnos, pues. Que no os detenga
 La etiqueta al partir; mas idos presto.

LÉNNOX. Felices noches, y que obtenga alivio
 Su majestad.

L. MACB. Á todos buenas noches.

(Vänse todos ménos Macbéth y Lady Macbéth.)

MACBÉTH. ¡Sangre pide! La sangre sangre pide,
 Así dicen. Las piedras se movieron:
 Los árboles hablaron al influjo
 De un augur ó por causas naturales.
 Por medio de una urraca, ó cuervo, ó grajo

Hallóse al asesino más oculto.
Y ¿cómo va la noche?

L. MACB. Con el día

Luchando está.

MACBÉTH. Mi autoridad rēhusa
Macduff obedecer; ¿qué te parece?

L. MACB. ¿Le llamaste?

MACBÉTH. Por otro lo he sabido.

Mas le voy á llamar. No existē uno
En cuya casa ño mantenga espías.
Iré mañana á ver, iré temprano,
Á las hermanas hechiceras. Quiero
Saber ya más, y averiguar es fuerza
El mal por malos medios. Cuanto existe,
En mi provecho doblegarse debe.
Vasto lago de sangre me circunda,
Y ya de sus orillas tan distante,
Es lo mismo el volver que el ir avante.
Vaya á mis manos lo que al alma agita.
Obrar sin discutir se necesita.

L. MACB. La sal te falta de la vida.—Sueño.

MACBÉTH. Durmamos, pues.—Procede como iluso
Mi pánico novel, falto dē uso.
¡Jóven aún es mi crimen! (Vánse.)

ESCENA V.

Truenos.— La dehesa.

Entran las tres BRUJAS al encuentro de HÉCATE.

BRUJA I.^a Tu ceño indicã, Hécate, tu enojo.

HÉCATE. ¿Y acaso sin razon, impertinentes
Viejas audaces? ¿Cómo á vuestro antojo

Traficais en enigmas y en mortales
 Asuntos con Macbéth, dispensadora
 Yo de vuestro poder, de humanos males
 Yo la única autora ;
 Sin contar con mi ayuda necesaria
 Al brillar nuestra ciencia extraordinaria ?
 ¡Y es lo grave que hicisteis todo esto
 Por un ser ambicioso y vengativo
 Que nada os agradece, por supuesto,
 Y sólo en su ambicion halla incentivo !
 Más juicio en lo futuro ;
 Y, ántes que el sol colore el horizonte,
 Venid á las cavernas de Aqueronte.
 Ni falte ampolla, encanto, ni conjuro,
 Ni objeto, ó cosa alguna.
 ¡Ahora á los aires ! que esta noche es fuerza
 Que acto mortal y pavoroso ejerza.
 ¡Ardua mi empresa es ! que de la luna
 Pende túrgida gota vaporosa
 Que he decoger, ántes que caiga, hoy mismo.
 Mi magia poderosa
 Al destilarla, genios tan arteros
 Evocará, que hácia el profundo abismo
 Irá tras sus engaños lisonjeros.
 Mofará de su suerte,
 Despreciará la muerte ;
 Y ha de ser más potente su esperanza
 Que su fe, sus recelos ó su juicio ;
 Y sabéis que excesiva confianza
 A los hombres conduce al precipicio.

UNA VOZ DENTRO. Venid, venid, venid.

HÉCATE. Mi lindo genio ya me llama, oíd ;
 En esa nube vaporosa está. (Váase.)

BRUJA I.^a Vámonos, pues, que presto volverá. (Vánse.)

ESCENA VI.

Fóres.— Habitación en el Palacio.

Entran LÉNNOX y un SEÑOR.

LÉNNOX. Hiere vuestra razon lo que ántes dije.
 Pues id algo más léjos.— Digo sólo
 Que es raro lo ocurrido.— Condolióse
 Macbéth del pobre Dúncan.— ¡Muerto estaba!
 Muy tarde salió Bánquo de pasëo;
 Y me direis que lo mató sü hijo,
 Pues huyó.— ¡Quién de noche así pasëa!
 ¿Quién no dirá que fué contra natura
 De Donalbáin y Málcolm el horrendo
 Parricidio?— ¡Fué hazaña monstrüosa!
 ¡Cuál contristó á Macbéth! ¿En aquel punto
 No hizo pedazos á los dos culpables,
 Que el sueño y la bebida esclavizaban,
 Lleno de honrada indignacion? Decidme:
 ¿No obró con gran lealtad?— Y con talento.
 ¿A qué pecho no hubiera enardecido
 Óir que lo negaban? Por lo tanto
 Se condujo muy bien; y me presumo
 Que si bajo su llave se encontraran
 (Lo que no será fácil si Dios quiere)
 Los dos hijos de Dúncan, ya verían
 Lo que es matar á un padre. Pues lo propio
 Viera el hijo de Bánquo.— Pero, basta,
 Pues sé que por charlar y susträerse
 Del festin del tirano, Macduff vive
 Hoy en desgracia. ¿Me podeis acaso

Decir dónde se encuentra?

SEÑOR.

El heredero

De Dúncan, de quien roba el patrimonio
Este tirano, en Inglaterra vive,
Y Eduardo el Pío tan gentil le acata,
Que la fiereza de su aciaga suerte
Allí no pudo mancillar su brillo.
Macduff, del Santo Rey marcha á la corte,
A impetrar que al valiente duque Suardo
En nuestra causa interesar consiga.
Con su auxilio (que el Dios de las alturas
Sancionará) podremos nuevamente
Vivir seguros y dormir tranquilos,
Exentos del puñal nuestros festines;
Mostrar lealtad, y vernos respetados,
Universal anhelo.— Tales nuevas
Al Rey exasperaron de tal modo
Que á declarar la guerra se dispone.

LÉNNOX.

¿Mas no llamó á Macduff?

SEÑOR.

Así lo hizo

Mas con un seco «No, señor» responde;
Y, ya vuelta la espalda al mensajero,
Entre dientes parece murmuraba:
«Ya os pesará que á daros tal respuesta
Mi posición me obligue.»

LÉNNOX.

Y esto, acaso

Cautela le aconseje, y que á distancia
Conveniente se ponga.— Un ángel bueno
Vuele á Inglaterra, y ántes que retorne
De allí Macduff, divulgue cuanto ocurre;
Y pronta bendición de nuevo alegre
A esta patria infeliz que mano infame
Osa oprimir!

SEÑOR.

¡Que él lleve mis plegarias!

(Vánse).

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

Una caverna oscura. En el centro una caldera que hierve.—Truenos.

Entran las tres BRUJAS.

BRUJA 1.^a El gato atigrado tres veces mayó.

BRUJA 2.^a Tres veces y una quejóse el erizo.

BRUJA 3.^a La arpía avisó
Que empieza el hechizo.

BRUJA 1.^a En torno del cazo veloces giremos
Y en él las infectas entrañas echemos.
El sapo que en frígida peña dormía
Y un mes incesante logró destilar
Activo veneno de noche y de día
En esta encantada caldera he de echar.

TODAS. Redoblen, redoblen trabajo y esmero:
Que el fuego se avive, que hierva el caldero.

BRUJA 2.^a De víbora astuta echemos la piel:
Que hierva en el cazo, cociéndose en él.
Ahí va de nocturno murciélagó lana,
Lengua de sabueso, dardo de escorpion,
Ojo de lagarto, músculo de rana,

- Ala de lechuza, de aspid aguijon.
 Mágia poderosa tengan estos dones.
 Bódrio del infierno, hierve á borbollones.
- TODAS. Redoblen, redoblen trabajo y esmero:
 Que el fuego se avive, que hierva el caldero.
- BRUJA 3.^a Colmillo de lobo, y momia de hada,
 Escama brillante de fiero dragon,
 Enorme garguero y fauce inflamada
 Que ostenta en los mares voraz tiburon.
 El bazo de aleve blasfemo judío,
 Cicuta cogida sin luz de raíz,
 La hiel concentrada de macho cabrío,
 De un tártaro labios, de un turco nariz.
 Las hojas de abeto, que luna eclipsada
 Con luz indecisa de plata vistió,
 El dedo de un niño que madre malvada
 Ahogado en un foso profundo dejó.
 El caldo con esto que espese y que cuaje,
 Y, unido al brebaje
 Que ya se formó,
 Inmundo intestino de tigre salvaje.
- TODAS. Redoblen, redoblen trabajo y esmero:
 Que el fuego se avive, que hierva el caldero.
- BRUJA 2.^a Podeis enfriarlo con sangre de mona,
 Que así del hechizo la fuerza se abona.
- Entra HÉCATE.
- HÉCATE. Aplaudo tal celo, trabajo y constancia;
 Tendrá cada una su justa ganancia.
 Y, cual hadas diligentes,
 Girando en torno, cantad;
 Y los varios ingredientes
 De la caldera hechizad.
- BRUJA 2.^a Ya mis pulgares embota
 Comezon que me denota
 Que se aproxima el infame.

Quedad, puertas,
Luégo abiertas
A quien llame.

Entra MACBÉTH.

MACBÉTH. Siniestras, cáutas, tenebrosas brujas;
¿Qué haceis? decid.

TODAS. Hazaña innominada.

MACBÉTH. Pues os conjuro yo por esa ciencia
Que alcanzais no sé cómo á responderme:
Aunque los aires desatados luchen
Contra los templos, aunque el mar airado
Azote y trague cuanto en él confía,
Aunque el trigo espigado se revuelque,
Y de cuajo los árboles se arranquen,
Aunque caigan los fuertes torrëones
Y á sus dueños confundan, aunque inclinen
Pirámides y alcázares sus frentes
Hasta el suelo tocar, aunque el tesoro
De los diversos gérmenes del mundo,
En espantosa confusion perezca;
Á las preguntas responded que os haga.

BRUJA 1.^a Decid, pues.

BRUJA 2.^a Preguntad.

BRUJA 3.^a Responderemos.

BRUJA 1.^a ¿Las respuestas quereis de nuestra boca,
Ó preferís que os hablen nuestros amos?

MACBÉTH. Llamadlos; que los vëa.

BRUJA 1.^a De guarro, que aburre su propia camada
De nueve lechones, la sangre verted.
Con grasa de ignoble cadalso exudada
La llama acreced.

TODAS. Venid, genios nobles y humildes, venid:
Lucid vuestro ingenio, y el arte lucid.
(Truenos. Aparece la sombra de una cabeza armada.)

MACBÉTH. Háblame tú, poder desconocido.

BRUJA I.^a Sabrá cuanto penséis.

Su palabra escuchad, mas no le habléis.

APARICION. Guárdate de Macduff, Macbéth, Macbéth.
Guárdate. Despedidme de una vez.

(Desaparece.)

MACBÉTH. Quien quiera fueres, tu consejo adopto.
Las cuerdas, tú, de mi temor heriste.
Mas oye.

BRUJA I.^a Vuestras órdenes no escucha.

Otro más poderoso se aproxima.

(Truenos. Aparece la sombra de un niño ensangrentado.)

APARICION. Macbéth, Macbéth, Macbéth.

MACBÉTH. Te escucho con oídos triplicados.

APARICION. Sé sanguinario, firme y atrevido,
Que sér ninguno de mujer nacido
Humillará á Macbéth. (Desaparece.)

MACBÉTH. Pues vive tú, Macduff, ¿á qué temerte?
Mas para asegurar aún lo seguro,
Y una hipoteca conseguir del hado,
No vivirás, y así diré que miente
Del miedo vil el pálido fantasma,
Y dormiré miéntras retumbe el trueno.

(Truenos. Aparece la sombra de un niño coronado con un árbol en la mano.)

¿Quién cual hijo de Reyes se levanta,
Y, á sus sienes de niño, ciñe ufano
La diadema rëal?

TODAS. Öid, no habléis.

APARICION. Ten brío de leon, ten arrogancia:
Ni te preocupe queja ni lamento,
Ni des á los rebeldes importancia;
Que invencible es Macbéth hasta el momento
Que vaya de Birnam contra él la selva
Y á Dunsinania su verdor envuelva.

MACBÉTH. ¡Jamás eso será! Que ¿á quién es dado
Movilizar el bosque, ni ha podido

Hacer viajar al árbol arraigado?
 Gratos augurios, vedme agradecido.
 Rebelion, tu cabeza no levantes
 Hasta que el bosque de Birnam se anime,
 Que, al cumplir de su vida los instantes,
 De otro tributo así Macbéth se exime
 Que el de pagar la deuda, que en su día
 Nadie eximirse de pagar podría.
 Mas decid, si á esto alcanza vuestra ciencia,
 Ánsia mi corazon averiguarlo:
 ¿De Bánquo reinará la descendencia?

TODAS. Inútil es que intentes indagarlo.

MACBÉTH. Decidlo de una vez. — Yo os lo requiero;
 Ú os he de maldecir ciego de ira...

¿Por qué hundirse contemplo ese caldero?
 ¿Qué ruido es éste? (Música.)

BRUJA 1.^a Mira.

BRUJA 2.^a Mira.

BRUJA 3.^a Mira.

TODAS. Su corazon, sus ojos afligid.
 Sombras, llegad y rápidas partid.

(Aparecen ocho reyes que pasan en procesion. El último con un espejo en la mano. Bánquo los sigue.)

MACBÉTH. Por demás á la sombra te asemejas
 De Bánquo.—Huye de mí, que tu corona
 Quemando está mis ojos.—¡Tus cabellos,
 Que áurea diadema ciñen igualmente,
 Con la primer vision parejas corren!
 ¡El tercero tambien! — Infames brujas,
 ¿Por qué me haceis ver esto? — ¡Y áun el
 [cuarto!
 ¡Vaciãos, ojos, ya! — ¿Pero esta série
 Se ha de extender hasta que el mundo es-
 [talle? —
 ¡Otro! — ¡El séptimo es éste! — Cegar quiero,

Mas el octavo llega, y otros tantos
 En un espejo á contemplar me obliga.
 Y algunos hay que ostentan orgullosos
 Dos mundos, triples cetros. Vista horrenda,
 Comprendo ya que realidades miro;
 Que el desangrado Bánquo se sonríe,
 Y me indica que son de su linaje.
 ¿Verdad es esto?—Responded vosotras.

BRUJA I.^a Aunque es la verdad,
 Macbéth, ¿por qué causa denotas espanto?
 Su espíritu, hermanas, con mágico encanto
 Venid y alegrad.
 Del aire que hechizo resuena ya el canto;
 En mística danza vosotras en tanto
 Veloces girad,
 Y al rey poderoso vereis complacido
 Del pleito homenaje que le hemos rendido.
 (Música. Las Brujas bailan y luégo se desvanecen.)

MACBÉTH. ¿En dónde están? Huyeron.—¡Estä hora
 Maldiga el calendario eternamente!—
 ¡Hola! podeis entrar.

(Entra LÉNNOX.)

LÉNNOX. Señor, ¿qué ocurre?

MACBÉTH. ¿A las Brujas hermanas no habeis visto?

LÉNNOX. No, señor.

MACBÉTH. ¿Vuestro puesto no cruzaron?

LÉNNOX. No tal, señor.

MACBÉTH. Que se corrompá el aire

Donde cabalgan, y maldito sea

Quien confianza en ellas deposite.

Herraduras oí: ¿quiénes pasaban?

LÉNNOX. Dos ó tres que las nuevas han traido

De que Macduff hácia Inglaterra huye.

MACBÉTH. ¿Hácia Inglaterra?

LÉNNOX. Así lo aseguraron.

MACBÉTH. ¡Oh tiempo! A mis empresas te anticipas.
 Los actos al propósito no alcanzan
 Si unidos no caminan.— Desde ahora
 Serán de mis intentos las primicias
 Primicias de mis manos. De hoy más sea
 Pensar y ejecutar. Actos coronen
 Mis pensamientos. Debo apoderarme
 De Fáife y sorprender debo el castillo
 De Macduff, y á sus hijos y á su esposa,
 Y á todo su linaje desgraciado
 Pasar debo á cuchillo sin tardanza.
 Puede enfriarse mi intencion más tarde.
 ¡A hacerlo, no se torne en necio alarde!
 Mas de visiones basta. Conducidme
 Al sitio donde estén esos señores. (Vánse.)

ESCENA II.

Habitacion en el Castillo de Macduff.

Entran LADY MACDUFF, su HIJO y ROSS.

L. MACD. ¿Qué motivó su repentina fuga?

Ross. Señora, tened calma.

L. MACD. ¿Y él la tuvo?

Demencia fué el huir, pero en traidores
 Si las acciones no, nos torna el miedo.

Ross. No sabeis si fué miedo ó fué prudencia.

L. MACD. ¿Prudencia abandonar mujer é hijos,
 Su palacio, su honor, dejarlo todo
 Aquí de donde él huye?— No nos ama.
 La ingénita ternura desconoce.
 Sin temor hace frente á la lechuza

El pobre «reyezuelo», entre las aves
 La más pequeña, si en su nido hay cría.
 Hay sobra de temor y amor ninguno,
 Ni hay cordura en huir, cuando se opone
 A la razon huir.

- Ross. Amada prima,
 Calma, por Dios, tened.—Vuestro marido
 Es honrado, es discreto y es prudente.
 Sabrá mejor quẽ otro lo que cuadra.
 No quiero decir más.—Época triste
 Es la actual, en que traidores somos
 Sin saberlo tal vez. En que á las gentes
 Los temores preocupan y se ignoran
 Las causas del temor; y, así, sin rumbo
 Mares bravios al azar cruzamos.
 Me despido de vos; pero muy presto
 He de volver. El mal acaso cese
 En su punto peõr; y acaso todo
 A su prístino sér rápido torne.
 Que os bendiga el Señor, hermosa prima.
- L. MACD. Tiene á su padre, pero está sin padre.
- Ross. Necio fuera en quedarme aquí más tiempo.
 Fuera mi oprobio y la desdicha vuestra:
 Por tanto, me despido. (Váse.)
- L. MACD. Bribonzuelo, tu padre ha muerto ¿qué harás
 ahora? ¿Cómo te mantendrás?
- Hijo. Como las aves, madre mía.
- L. MACD. ¿Cómo? ¿Con orugas y moscas?
- Hijo. Quiero decir, con lo que encuentre, comõ
 ellas.
- L. MACD. ¡Pobre pajarillo! Ni trampas temerás, ni
 ligas, ni redes, ni asechanzas.
- Hijo. ¿Por qué las he de temer, madre mía? Nadie
 caza á míseros pajarillos. Pero, á pesar de
 cuanto dices, mi padre no ha muerto.

L. MACD. Sí, que ha muerto. ¿Qué harás para tener padre?

HIJO. Y ¿qué harás tú para tener marido?

L. MACD. ¡Vaya! Pudiera comprarme veinte donde quiera.

HIJO. Pues los comprarías para venderlos.

L. MACD. Aguzas el ingenio. Y mucho tienes en relación á tu edad.

HIJO. ¿Era traidor mi padre, madre mía?

L. MACD. Sí que lö era.

HIJO. ¿Qué es ser traidor?

L. MACD. Jurar y faltar al juramento.

HIJO. ¿Y cuantos hacen eso son traidores?

L. MACD. Quien quiera que tal haga es traidor y debe ser ahorcado.

HIJO. ¿Y todos los que juran y faltan á su juramento deben ser ahorcados?

L. MACD. Todos.

HIJO. ¿Quién los ha de ahorcar?

L. MACD. Los hombres de bien.

HIJO. Entónces los que juran y faltan á su juramento imbéciles son, porque los que juran y perjuran son bastantes para dominar ellos y ahorcar á los hombres de bien.

L. MACD. ¡Pobrecillo mío! ¿Qué harás ahora para tener padre?

HIJO. Si hubiera muerto le lloraras; y si no lo hicieras sería segura señal de que pronto tendría nuevo padre.

L. MACD. Pobre charlatan, qué decidor estás.

Entra un MENSAJERO.

MENSAJ. Bendecida seáis, hermosa dama;
Aunque soy para vos desconocido,
El honor es mi norte. Considero
Que un peligro hácia vos raudo camina:

El consejo aceptad de un hombre llano;
De aquí con vuestros hijos huid al punto.
Brutal en asustaros quizás sēa,
Mas no hacerlo feroz crueldad sería,
Que adelanta hácia vos. Que Diosos guarde.
Quedarme aquí no puedo. (Váse.)

L. MACD. ¿Dóndē huyo?

¿Qué daño hice jamás? Pero mē hallo
En este mundo terrenal, en donde
Hacer el mal á veces es laudable,
Y hacer el bien se considera á veces
Locura peligrosa ¡ay triste! Entónces
¿Á qué aducir la femenil excusa
De no haber hecho mal? ¡Ay Dios, qué caras!

Entran ASESINOS.

ASESINO. ¿Dónde, decid, está vuestro marido?

L. MACD. No en lugar tan infame, así lo espero,
Donde un sér como vos verlo pudiera.

ASESINO. Era un traidor.

Hijo. Mentiste, ruin villano.

ASESINO. ¡Qué! ¡Pollo en cascaron! ¡Traidor en leche!

Hijo. Me mató, madre mía, por Dios, huye.
(Váse Lady Macduff perseguida por los asesinos.)

ESCENA III.

Inglaterra: el Palacio Rēal.

Entran MÁLCOLM y MACDUFF.

MÁLCOLM. Busquemos un lugar sólo y sombrío
Donde verter las lágrimas del pecho.

MACDUFF. Empuñemos más bien con mano firme

El hierro matador, y protejamos,
 Cual buenós, á la patria agonizante.
 Gimen nuevas viudas cada día,
 Nuevos huérfanos lloran, nuevas penas
 Hieren la faz del cielo de improviso;
 Y, resonando su dolor, prorumpe
 Acongojado en gritos, cual si fuese
 Su duelo el mismo que á la Escocia aflige.

MÁLCOLM. Deploro lo que crëo; pero crëo
 Tan sólo lo que sé. Cuanto yo pueda
 Veré de remediar, si me auxilia
 Propicia la ocasion. Verdad, sin duda,
 Será cuanto decís. Este tirano
 Cuyo nombre enunciar la lengua llaga,
 Honrado parecía. Y áun vos propio
 Le estimásteis. Ni mal alguno os hizo.
 Jóven yo soy: podeis merecimientos
 Lograr con mi rüina, y es prudente
 Al cordero ofrecer en holocausto
 Para aplacar á un Dios.

MACDUFF. Traidor no he sido.

MÁLCOLM. Mas sí Macbéth. El pecho honrado y noble
 El encargo imperial quizás rehuya:
 Concededme perdon;—mi pensamiento
 Lo que seáis adivinar no alcanza:
 Aun los ángeles brillan, y ha caído
 De entre ellos el mejor; y, aunque se ostente
 Vuestra virtud como virtud, la infamia
 Tambien la faz de la virtud ostenta.

MACDUFF. ¡Perdí mis esperanzas!

MÁLCOLM. Donde, acaso,
 He hallado yo mis dudas.—¿Desvalidos,
 Decid, por qué dejais hijos y esposa,
 Fuertes lazos de amor, dulces resortes,
 Sin despediros? Perdonadme os ruego.

Mis recelos no hieran vuestra honra.
 Son mi seguridad, y aunque recele,
 La razon quizá esté de vuestra parte.

MACDUFF. ¡Ay! llora, llora sangre, pobre patria;
 Sobre ancha base tu poder asienta
 Horrenda tiranía. No se atreve
 A contrastarte la virtud. Tus males
 Soporta, pues, que tiembla tu monarca.
 Adiós, señor.—Ni por la tierra toda
 Que abarca este tirano, ni tampoco
 Por el Oriente entero, yo sería
 El vil que me juzgais.

MÁLCOLM. No os hago ofensa.
 En completo de vos no desconfío.
 Sé que la patria bajo el yugo gime;
 Que llora y sangre pierde. Que á sus llagas
 Hondas heridas sin cesar se agregan.
 Tambien presumo que en mi causa justa
 Prontas manos se alzaran; y aún ahora
 De Inglaterra el cortés ofrecimiento
 De millares de hombres he tenido.
 Mas oíd; aunque pise del tirano
 La cabeza ó la lleve en esta espada,
 La pobre patria mía más dolores
 Que ántes ha de sufrir, aún más desdichas,
 Más azares que nunca en el reinado
 Del sucesor.

MACDUFF. ¿Mas quién juzgais que fuese?

MÁLCOLM. Me refiero á mí mismo, en quien existen
 Ingeritados los vicios de tal modo,
 Que al madurar, serán, cual nieve, blancas
 Las sombras de Macbéth; y cual cordero
 Esta tierra infeliz quizás lo estime
 Al contemplar mis desbordados vicios.

MACDUFF. Del infierno en las lóbregas regiones

No hay sér ninguno que á Macbéth iguale.

MÁLCOLM. Verdad que es sanguinario, lujurioso,
Disimulado, falso y avariento,
Iracundo y malvado; y que se äunan
En él cuantas infamias tienen nombre.
Mas es mi incontinencia ilimitada:
Vuestras esposas todas, vuestras hijas,
Doncellas y matronas, no pudieran
Saciar el ánsia mía; y mis desëos
Todos los valladares arrollaran
Puestos á mis caprichos: no, más vale
Que, en vez de tal monarca, Macbéth reine.

MACDUFF. Del cuerpo la insaciable incontinencia
Tiranã es; y fué frecuente causa
De desiertos quedar tronos felices,
Y de haber sucumbido muchos reyes.—
Mas no temais, señor: tomad lo vuestro:
Para el placer teneis campo anchuroso,
Y de tibio, quizás, el tiempo os tache.
Damas fáciles hay en abundancia,
Y no sereis tan insaciable buitre
Que á tantas devoreis, como propicias
Se prestan á pomposas liviandades.

MÁLCOLM. Y tambien en mi pecho alborotado
Tan insaciable la codicia cunde,
Que, á ser rey, sin piedad sacrificara
Al noble por sus tierras ó sus joyas
Ó palacios; y estímulo tan sólo
La profusion será de mi apetito.
Contra seres honrados y læales
Quejas forjara, y arruinar los viera
Para gozar yo sólo de sus bienes.

MACDUFF. Ahonda más en el pecho la avaricia,
Y con raíces más dañinas cunde
Que la estival lujuria. Fué la espada

Que humilló la cerviz de nuestros reyes.
 Mas no temais. Tesoros tiene Escocia
 Que vuestros han de ser. Colmad con ellos
 Vuestra ambicion. Son tachas llevaderas
 Cuando otras cualidades las encubren.

MÁLCOLM. Cualidades de rey ningunas tengo.
 Apenas paladëo la justicia,
 Ni la veracidad, ni la templanza,
 La largueza, la calma, la cordura,
 La humildad, la constancia, la clemencia,
 La lealtad, la firmeza, ni el denuedo;
 Pero no hay crimen, de cualquier especie,
 Que no me atraiga de diversos modos.
 Si el poder alcanzara, vertería
 La miel de la concordia en el infierno,
 La paz del universo perturbara,
 Y la unidad del mundo confundiera.

MACDUFF. ¡Oh Escocia! ¡Escocia!

MÁLCOLM. Si juzgais que digno

Soy de reinar, decid. Soy cual os dije.

MACDUFF. ¿De reinar? No,—ni de vivir tampoco.

¡Oh! nacion infeliz! Abandonada
 Á un tirano sin títulos, que el cetro
 En sangre tiñe, ¿tu vigor pasado
 Cómo es posible ver restablecido,
 Si el legal heredero de tu trono
 Está maldito de su propia boca,
 Y renegando está de su linaje?

Vuestro padre, señor, rey santõ era:
 La madre por quien fuísteis concebido,
 Más que de pié con humildad, de hinojos,
 Diariamente moría.—Dios os guarde.
 Los vicios que os habeis echado en cara
 Me destierran de Escocia.—Pecho mío,
 Aquí tus esperanzas acabaron.

MÁLCOLM. Macduff, tan noble cólera, que es hija
 De integridad inmensa, desvanece
 Los lóbregos temores de mi alma,
 Reconciliando el pensamiento mío
 Con el candor y la nobleza vuestra.
 Ese infernal Macbéth ya seducirme
 Por análogos medios ha intentado,
 Y la comun prudencia me impedía
 Ser demasiado crédulo. Que juzgue
 Desdē hoy sólo Dios entre nosotros.
 Me pongo desde luégo en vuestras manos.
 De haberme calumniado me arrepiento,
 Y abjuro de las faltas y las culpas
 Que sobre mi lancé, cual cosa extraña
 A mi carácter.—Me mantengo casto,
 Siempre cumplí mis sacros juramentos,
 No he codiciado, apénas, ni aun lo mío,
 Jamás falté á mi fé, traicion no haría
 Al mismo Satanás; y me deleita
 Como la vida la verdad. Tan sólo
 Hoy, por primera vez, veraz no he sido
 De mí al hablar; mas lo que soy realmente
 Ofrezco á vos y á mi affligida patria,
 Hácia la cual al punto que llegásteis
 El viejo Suardo de diez mil guerreros
 La belicosa marcha disponía.
 Iremos ahora unidos, y la suerte
 Al término dichoso nos conduzca
 De nuestro justo contender. Decidme,
 ¿Por qué callais?

MACDUFF. Reconciliar no es fácil
 Tan faustas, tan infaustas circunstancias.

Entra un DOCTOR.

MÁLCOLM. Ya hablaremos. Decid: ¿el Rey se acerca?

DOCTOR. Sí, señor, una turba de infelices

Esperan de él su curacion: sus males
Desafían la ciencia, mas los toca—
Tal santidad el cielo da á su mano—
Y los cura.

MÁLCOLM. Doctor, os doy las gracias.
(Váse el Doctor.)

MACDUFF. ¿Y qué enfermedad es?

MÁLCOLM. Se denomina
Escrófula. Su cura milagrosa
Opera este buen Rey. Frecuentemente
Le he visto yo curar desde mi estada
En Inglaterra. Cómo solicita
El favor de los cielos nadie entiende.
Mas á enfermos que raros males sufren,
Hinchados, ulcerados, repugnantes—
La desesperacion del cirujano—
Suele sanar, colgándoles medallas
Del cuello, al pronunciar sagrados rezos.
Y de curar la facultad bendita
Se dice deja al sucesor. Se äuna
A tan rara virtud, el sacrosanto
Dón de la profecía, y otras muchas
Bendiciones circundan á su trono
Que su indudable santidad pregonan.

MACDUFF. Ved quién se acerca aquí.

MÁLCOLM. Paisano mío,
Pero no le conozco.

Entra ROSS.

MACDUFF. Bien llegado,
Mi siempre noble deudo.

MÁLCOLM. Ya os conozco.—
¡Omnipotente Dios! Las circunstancias
Cambia tú que en extraños nos convierten.

ROSS. Amén, señor.

MACDUFF. ¿Do estaba yace Escocia?

ROSS. ¡Ah pobre patria! Tiembla al contemplarse.
 Nuestra madre no es ya, que es nuestra tumba.
 Sólo quien nada sabe allí sonríe.
 Suspiros y lamentos y sollozos
 Suenan hendiendo el aire—y ni se escuchan.
 Allí el dolor violento es una forma
 Nueva de la locura. Allí ya nadie
 Pregunta por quién tocan á difunto.
 Allí las almas de la gente honrada
 Se marchitan, cual flores en su cáliz,
 Y ántes que enferman, mueren.

MACDUFF. ¡Oh relato
 Ingenioso quizás, más verdadero!

MÁLCOLM. Referid la desgracia más reciente.

ROSS. Es silbado el discurso de quien narra
 La que ha ocurrido en la pasadã hora.
 Una nueva se engendra cada instante.

MACDUFF. ¿Y mi esposa?

ROSS. Pues.... bien.

MACDUFF. ¿Los hijos míos?

ROSS. Bien tambien.

MACDUFF. ¿Ese mónstruo no ha atentado
 Contra su paz?

ROSS. Se hallaban en paz todos
 Cuando yo los dejé.

MACDUFF. No de palabras
 Tan escaso säais. Decid, ¿qué ocurre?

ROSS. Cuando partí para tráeros nuevas,
 Grave carga en verdad, rumor corría
 De haberse alzado valerosa gente.
 Y que fuera verdad, yo me presumo,
 Pues reunía sus huestes el tirano.
 Ahora el momentö es. Vuestra presencia
 Creará guerreros. Las mujeres mismas
 Vereis luchar para romper sus grillos.

MÁLCOLM. Hallen consuelo, que hácia allá marchamos.
 Inglaterra nos presta diez mil hombres
 Y al noble Suardo; y general ninguno
 Hay en la cristiandad, ni más experto
 Ni mejor.

Ross. Ojalá que yo pudiera
 Igual consuelo dar; pero mis voces
 A los desiertos aires aullaría,
 No donde oídos detenerlas pueden.

MACDUFF. ¿Con el bien general se relacionan,
 O es desgracia privada, que tan sólo
 A un individuo atañe?

Ross. Todö hombre,
 Si honradö es, en ella parte toma;
 Pero la parte principal es vuestra.

MACDUFF. Si es mía no calleis.—Decidla presto.

Ross. Vuestros oídos á la lengua mía
 No desprecien por siempre, mas forzoso
 Le es dar al aire tan siniestros sonos
 Cual no oísteis jamás.

MACDUFF. ¡Ah; lo adivino!

Ross. Fué vuestra fortaleza sorprendida,
 Vuestros hijos y esposa degollados:
 Referiros los bárbaros detalles,
 Fuera al monton de víctimas tan caras
 Agregaros á vos.

MÁLCOLM. ¡Dios bondadoso!
 ¡Hombre, hablad! No caleis vuestro sombrero
 Á los ojos. Dad voz á las desdichas.
 El dolor, que en palabras no se expresa,
 Callado dice al corazon que estalle.

MACDUFF. ¿Y mis hijos tambien?

Ross. Esposä, hijos,
 Sirvientes. Todos los que hallar pudieron.

MACDUFF. ¡Y yo no estar allí! ¿Tambien mi esposa?

ROSS. ¡Lo dije!

MÁLCOLM. ¡Calma! Heróica medicina,
Que vuestros males angustiosos cure,
Nuestra venganza tremebunda sēa.

MACDUFF. No tiene hijos. ¡Mis preciosos hijos!
¿Todos decís? Buitre infernal ¿qué? ¿Todos?
¡Todos mis tortolillos y su madre
De un solo horrible golpe!

MÁLCOLM. Cual hombre, pues, vengãos.

MACDUFF. Sí por cierto;
Pero es fuerza tambien sentir cual hombre.
Tengo que recordar que ya no existe
Lo que me era en el mundo más querido.
¡Y el cielo lo miró sin ampararlos!
¡Oh pecador Macduff! Por tí perecen.
¡Triste de mí! No fué por vuestras culpas;
Que sois sacrificados por las mias.
¡Que el cielo os brinde su eternal descanso!

MÁLCOLM. Vuestra espada afile en vuestro duelo;
Convertid en furor vuestra amargura;
Que el corazon se irrite, no se embote.

MACDUFF. Con mis ojos mujer me mostraria
Y con mi lengua, audaz. Pero ¡Dios mío!
Aniquila distancias. Frente á frente
Ponme de este Luzbel; que se coloque
De mi espada al alcance. Si la evita,
Que hasta perdon el cielo le conceda.

MÁLCOLM. Ese ya es tono varonil. Vēamos
Al Rey; todo está listo. Falta sólo
Su real vénia. Macbéth ya vacilante
Está para cãer, y á concedernos
Ya su favor el cielo se dispone:
Mitigad el dolor que os anonada.
No hay noche que no tenga su albórada.

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

Dunsinánia. Habitación en el Castillo.

Entran un DOCTOR y una DAMA.

DOCTOR. Dos noches hemos velado juntos, pero no he visto confirmada la verdad de vuestro relato. ¿Cuándo fué la última vez que la visteis pasär?

DAMA. Desde que su Majestad fué á campaña la he visto levantarse, echarse la bata, abrir su pupitre, sacar papel, doblarlo, escribir en él, leerlo luégo, sellarlo y volver otra vez al lecho; y todo esto completamente dormida.

DOCTOR. Grave perturbacion demuestra en sus facultades gozar á la vez del beneficio del sueño, y ejecutar actos que corresponden á la vela. En ese perturbado sueño, además del andar y de otras manifestaciones, ¿no recordais si alguna vez ha dicho algo?

- DAMA. Señor, lo que no repetiré jamás.
- DOCTOR. A mí podeis hacerlo. Y áun es conveniente que lo hagais.
- DAMA. Ni á vos ni á nadie, pues no tengo testigos que confirmen mis asertos.

Entra LADY MACBÉTH con una vela encendida.

Mirad, aquí llega. Esta es su apariencia usual, y por vida mía que está dormida completamente. Observadla. Aproximáos.

- DOCTOR. ¿De dónde tomó esa luz?
- DAMA. La tenía á su lado. Tiene luz junto á sí constantemente. Es órden expresa suya.
- DOCTOR. Sus ojos están abiertos.
- DAMA. Sí: pero cerrados á la sensacion.
- DOCTOR. ¿Qué hace ähora? Ved cómo se restrega las manos.
- DAMA. Es acto usual en ella. Hacer como que se lava las manos. La he visto continüarlo por un cuarto de hora.

L. MACB. Aún queda aquí una mancha.

DOCTOR. Öid. Habla. Anotaré lo que diga para que sirva de garantïa á mi memoria.

L. MACB. ¡Fuera, maldita mancha! ¡Fuera, digo! ¡Lä una! ¡Las dos! ¡Vaya! Ya es tiempo de ponerlo por obra. ¡Qué lóbrego está el infierno! ¡Qué vergüenza, dueño mïo, qué vergüenza! ¡Soldado y tener miedo! ¿Qué importa que llegue á saberse, si nadie puede pedirnos cuenta? Pero ¿quién pudo imaginar jamás que aquel viejo tuviera tanta sangre?

DOCTOR. ¿Öís eso?

L. MACB. El señor de Fáife tenía esposa. Ahora ¿dónde está? Pero qué, ¿no he de poder ver limpias estas manos? Cesa, dueño mïo,

cesa. Todo lo echas á perder con esos sobresaltos.

DOCTOR. ¡Vaya! ¡Vaya! Sabeis lo que no debíais saber.

DAMA. Ha dicho lo que no debía decir. Segura estöy de ello. El cielo sabrá lo que ella sabe.

L. MACB. Todavía huelen á sangre. Ni todos los perfumes de la Arabia quitarán el olor de esta pequeña mano mía. ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

DOCTOR. ¡Qué suspiro! ¡Grave carga lleva ese corazón!

DAMA. Ni por toda la dignidad que el cuerpo tener pudiera llevara yo tal corazón en mi pecho.

DOCTOR. ¡Bien! ¡Bien! ¡Bien!

DAMA. Rogad á Dios que así sea.

DOCTOR. No alcanza mi ciencia á curar semejante enfermedad; y, sin embargo, sonámbulos he conocido que murieron santamente en sus lechos.

L. MACB. Lávate las manos. Ponte la bata. No estés tan pálido. Te repito que Bánquo está enterrado. Que no puede salir de su tumba.

DOCTOR. ¡Eso más!

L. MACB. Al lecho, al lecho. Lllaman á la puerta. Ven. Ven. Ven. Ven. Dame la mano. Lõ hecho no puede deshacerse. Al lecho. Al lecho. Al lecho.

DOCTOR. ¿Se irá á la cama ahora?

DAMA. Inmediatamente.

DOCTOR. Va la murmuración de boca en boca.
Acciones inhumanas, inhumanos
Trastornos causan, y la mente infecta
Á la almohada sus secretos fia.
Confesor y no médico requiere.
Dios, Dios perdone á todos. Vigíladla:
De su lado apartad cuanto la dañe:

Ni os separeis de ella. Buenas noches.
 Mi mente hirió; mis ojos ha asombrado:
 Pensaré, mas conviene estar callado.

DAMA. Buenas noches tengais, Doctor amigo.

ESCENA II.

Campo cerca de Dunsinánia.

Entran con tambores y banderas MENTEITH, CAITHNÉSS,
 ANGUS, LÉNNOX y soldados.

MENTEITH. El ejército inglés, que Málcolm guía
 Con Suardo y con Macduff rápido avanza.
 Vengativo rencor en ellos arde,
 Y al más tibio excitar su causa debe
 Á la sangrienta y hórrida pelëa.

ANGUS. De Birnam en la selva los veremos,
 Que por ese sendero se adelantan.

CAITHNÉSS. ¿Donalbáin se ha reunido con su hermano?

ANGUS. Seguramente no. Tengo la lista
 De los nobles. De Suardo viene el hijo,
 Y otros muchos donceles de alta cuna
 Que hoy de hombres ufanos alardëan.

MENTEITH. Y el tirano ¿qué hace?

CAITHNÉSS. Á Dunsinánia

Con ardor fortifica. Dicen unos
 Que demente ahora está; mas otros dicen,
 Que acaso ménos odio le profesan,
 Que es furor por luchar. De todos modos
 No puede con el cinto de su mando
 Ceñir el talle de su enferma causa.

ANGUS. Ni de sus manos despegar ya puede

Los crímenes ocultos. Patentizan
 Su deslealtad continuas deserciones.
 Si manda, le obedecen porque manda,
 No por afecto; y ve que su grandeza,
 Como vestido de gigante, envuelve
 El talle de un raquítico ratero.

MENTEITH. ¡Qué extraño es que tiemble ni que luche
 Su dañado interior, cuando es preciso
 Que todo allí se juzgue condenado!

CAITHNÉSS. Marchemos á prestar nuestro homenaje
 Donde es debido. Nuestra sangre toda
 Unamos á la noble medicina
 Que ha de purgar á nuestra enferma patria.

LÉNNOX. Ó toda, ó la bastante, porque riegue
 La altiva planta y que la hierba anegue.
 Hacia la selva de Birnam marchemos.
 (Vánse marchando.)

ESCENA III.

Dunsinania. Habitación en el Castillo.

Entran MACBÉTH, DOCTOR y servidores.

MACBÉTH. ¡No más noticias! ¡Llévelas el aire!
 Hasta que el bosque de Birnam se acerque
 Á Dunsinania, duerman mis temores.
 ¿No nació de mujer el niño Malcolm?
 Los genios que conocen el futuro
 Se expresaron así: «Macbéth, no temas,
 Que sér ninguno de mujer nacido
 Te ha de dañar.» Hüid, traidores nobles.
 Id con los epicúreos de Inglaterra.

El alma audaz y el corazon valiente,
Ni admite dudas ni temores siente.

Entra un SIRVIENTE.

Negro el diablo te ponga á maldiciones,
Menguado de alba faz, ¿de dónde hubiste
Ese mirar de liebre?

SIRVIENTE. Diez mil...

MACBÉTH. ¿Liebres?

SIRVIENTE. Señor, guerreros.

MACBÉTH. Hiérete la cara,

Y colora tu espanto, rapazuelo;

¿De qué guerreros hablas, miserable?

¡Ira de Dios! Tus pálidas mejillas

Del pánico aparecen consejeras.

¿De qué guerreros hablas, faz de suero?

SIRVIENTE. Del ejército inglés.

MACBÉTH. ¡Tú rostro esconde!

¡Síton! Mi corazon ya desfallece

Al contemplar... ¡Hé, Síton! Este trance

Ha de afirmar ó destrüir mi trono.

Largo tiempo viví. La vida mía

Se agosta, y su follaje amarillëa.

Lo que va en pos de la vejez que avanza,

Honra, afecto, lealtad, caros amigos,

No puedo pretender. Tan sólo espero

Profundas, si calladas maldiciones,

Adulacion servil, aliento vano,

Que el corazon veraz anularía.

¡Síton!

Entra SÍTON.

SÍTON. Señor, espero vuestra órden.

MACBÉTH. Las nuevas más recientes...

SÍTON. Son exactas

Las noticias, señor, que os han tráido.

MACBÉTH. Lucharé sin cejar hasta que arranquen

A pedazos la carne de mis huesos.
¡Mi armadura!

SÍTON. Señor, aún no precisa.

MACBÉTH. La vestiré. Recorran más jinetes
Todo el país. Conduzcan á la horca
Á quien hable de miedo. ¡Mi armadura!
¿Y la enferma, Doctor?

DOCTOR. Su mal no es grave;
Mas la acosan constantes fantasías,
Que descansar la impiden.

MACBÉTH. Curad eso.
¿No podeis dar auxilio al alma enferma,
El dolor desarraigar de la memoria,
En el cerebro obliterar lo escrito,
Propinar dulce antídoto, que logre
Desalojar del pecho la ponzoña
Que oprime al corazón?

DOCTOR. Tales dolencias
Á sí propio curar debe el paciente.

MACBÉTH. Á perros arrojad vuestros brebajes:
Yo no los necesito.—¡Mi armadura
Ceñidme luégo! ¡Mi baston de mando!
Ordenad Síton, vos.—Doctor, los nobles
Huyen de mí.—Mostráos diligente.—
Si vos, Doctor, al desbordado río
Volver lográrais al antiguo cáuce;
Si descubrir pudiérais su dolencia,
Y restaurárais su salud perdida,
Del eco resonaran los aplausos
Con mis aplausos. Extirpad sus males.—
¿Qué sen ó qué ruibarbo, cuáles drogas
Nos pudieran purgar de esos Ingleses?
¿Algo de esto sabreis?

DOCTOR. Sí tal: los regios
Preparativos siempre se traducen.

- MACBÉTH. Yo los precederé. Si á Dunsinánia
El bosque de Birnám hoy no camina
No temo ya ni muerte ni rüina. (Váse.)
- DOCTOR. Si yo de Dunsinánia hüir pudiera,
Por dinero jamás aquí volviera. (Váse.)

ESCENA IV.

Campo cerca de Dunsinánia. Un bosque á la vista.

Entran con tambores y banderas, MÁLCOLM, el viejo SUARDO y su HIJO, MACDUFF, MENTEITH, CAITHNÉSS, ANGUS, LÉNNOX, ROSS y SOLDADOS marchando.

MÁLCOLM. Deudos, confio en que llegó el instante
De hallar albergue en nuestras propias casas.

MENTEITH. ¿Quién lo duda?

MÁLCOLM. ¿Qué bosque es el que vemos?

CAITHNÉSS. El bosque de Birnám.

MÁLCOLM. Cada soldado

Corte una rama y ante sí la lleve;
Porque así nuestro número se oculte,
Y en sus cálculos yerren los espías.

SOLDADO. Así se hará.

SUARDO. Las gentes aseguran

Que, lleno de esperanzas, el tirano
En Dunsinánia nuestro asalto espera.

MÁLCOLM. En eso ve su principal recurso,
Pues esos que pudieran darle auxilio,
Por unä ú otra causa, le abandonan.
Sólo los obligados hoy le sirven,
Y el corazon áun de éstos se halla ausente.

MACDUFF. Nuestras justas censuras refrenemos

Hasta el ansiado fin, y miétras tanto,
Actividad guerrera nos incumbe.

SUARDO. El tiempo se aproxima en que sabremos
Lo que nuestro será, qué deberemos.
Humanos juicios las ventajas miden;
Las realidades son las que deciden.—
Acérquelas la lucha. (Vánse marchando.)

ESCENA V.

Dunsinánia. Interior del Castillo.

Entran con tambores y banderas, MACBÉTH, SÍTON, y soldados.

MACBÉTH. En los muros izad los estandartes.
Gritando están que ahí vienen. El castillo
Se burla de un asalto. Aquí reposen.
Pasto serán del hambre y de la fiebre.
Si no los reforzáran deslëales
Fuéramos á su encuentro. Cara á cara
Arrollados serían. Mas ¿qué escucho?
(Óyense sollozos.)

SÍTON. Señor, es clamorëo de mujeres.

MACBÉTH. Ya se embotó mi paladar al miedo.
Otras veces helaba mis sentidos
Öir rumor nocturno, y mi melena,
Al narrarse un suceso pavoroso,
Cual si vida tuviese, se erizaba.
Me alimenté de horrores hasta hartarme:
Familiar á mi espíritu homicida
Ya es la desolacion, nada me afecta.
Mas ¿qué grito fué aquél?

SÍTON.

La Reina ha muerto.

MACBÉTH. Más tarde debió ser. El tiempo propio
 Para palabra tal otro sería.
 El «mañana», el «mañana» y el «mañana»,
 De día en día con menudos pasos
 Hasta el fin de la vida nos conduce,
 Y constante, el «ayer» alumbra al necio
 Hasta dar con el polvo de la muerte.
 ¡Luz, apágate ya! Sombra ambulante
 Es la vida no más. Mero comparsa
 Que breve instante el escenario cruza
 Y se olvida despues. Es de un imbécil
 El violento relato estrepitoso
 Que nada significa.

Entra un MENSAJERO.

Á usar la lengua vienes. Habla presto.
 MENSAJ. Debo, señor, contaros lo que he visto,
 Pero apenas sé cómo.

MACBÉTH. Pues bien, habla.

MENSAJ. De guardia en la colina, hácia la selva
 Me volví de Birnám, y juraría
 Que el bosque se movió.

MACBETH. Mientes, esclavo. (Golpéándole.)

MENSAJ. Sufriré vuestro enojo si no es cierto.
 Á tres millas de aquí, selva ambulante,
 Cual digo, se aproxima.

MACBÉTH. Si mentiste,
 Del árbol más cercano suspendido
 Vas á morir de hambre. Si acertaste,
 Hacer conmigo puedes otro tanto.
 Flaquëa ya mi espíritu y empiezo
 De ese genio á dudar, que con mentiras
 Verdades dice. «Teme cuando llegue
 El bosque de Birnám á Dunsinánia.»
 Y á Dunsinánia un bosque se aproxima.
 ¡Á la lid, á la lid! Presto salgamos.

Si su aserto llegara á confirmarse ,
 Inútil fuera huir ni aquí quedarse.
 Ya de la luz del sol harto me encuentro
 ¡Y ánsio que salga el mundo de su centro!
 ¡Repicad! Viento ruge. Ruina impera
 Al yunque, por lo ménos, que yo muera.

ESCENA VI.

Dunsinánia. Llanura ante el Castillo.

Entran, con tambores y banderas, MÁLCOLM, el viejo SUARDO,
 MACDUFF y su ejército con ramas de árboles.

MÁLCOLM. Cerca estamos. Dejad el verde escudo
 Y apareced. Con vuestro noblẽ hijo
 Y mi primo, guñad, amado deudo,
 Nuestro primer ataque. El valeroso
 Macduff y yo del resto nos cuidamos.

SUARDO. Quedad, señor, con Dios. Quien esta noche
 Con huestes del tirano aborrecido
 No supiere lidiar, quede vencido.

MACDUFF. Hienda el clarin el aire sin tardanza
 Con aullidos de sangre y de venganza.
 (Vánse. Suenan clarines.)

ESCENA VII.

Otra parte de la llanura.

Suenan clarines.—Entra MACBÉTH.

MACBÉTH. Al potro me amarraron. Huir no puedo.
Mas puedo aquí batirme como el oso.
¿Quién no nació de madre? Sólo ese
Pavor puede infundirme.

Entra el jóven SUARDO.

EL JÓVEN SUARDO. Vuestro nombre.

MACBÉTH. De oírlo temblarás.

EL JÓVEN SUARDO. No: ni aunque fuera
El más feroz que en el infierno existe.

MACBÉTH. Yo me llamó Macbéth.

EL JÓVEN SUARDO. Ni el diablo mismo
Nombre más detestado pronunciara.

MACBÉTH. Ni más temido.

EL JÓVEN SUARDO. Mientes. Con mi acero
Te probaré, tirano abominable,
Que mientes tú.

(Pelëan, y Macbéth mata al jóven Suardo.)

MACBÉTH. De madre tú has nacido.

Arma ninguna en mí su filo imprime,
Si hombre nacido de mujer la esgrime.

(Váse.—Clarines.)

Entra MACDUFF.

MACDUFF. El rumor allí suena. ¡Sal, tirano!
Si te hiere otra espada que la mía,
Las sombras de mi esposa y de mis hijos
Me acosarán por siempre. No pelëo
Contra infelices turbas, cuyos brazos

Se alquilan para hacer que lanzas lleven.
 Ó tú, Macbéth, ó envainaré mi espada
 Intacto el filo. Allí quizás tē halles,
 Pues tan gran clamorēo, la presencia
 De alguién de nota indica. Sólo hallarlo,
 Yo te pido, Fortuna.

(Vánse.— Clarines.)

Entran MÁLCOLM y el viejo SUARDO.

SUARDO. Llegad, señor, rindióse ya el Castillo.
 Las tropas del tirano se dividen :
 Con noble ardor se batien los señores
 Y el día ya por vuestro se declara.
 Poco resta que hacer. Hemos hallado
 Enemigos que luchan por nosotros.
 Entremos, pues, señor, en el Castillo.
 (Vánse.— Clarines.)

Vuelve á entrar MACBÉTH.

MACBÉTH. ¿Por qué morir como el Romano imbécil
 Sobre mi espada? Miéntas vidas vëa
 Sobre ellas caigan mis terribles golpes.

Vuelve á entrar MACDUFF.

MACDUFF. Detente, alano de Luzbel, detente.

MACBÉTH. Evitar tu presencia he procurado.
 Huye de mí. Repleta asaz mi alma
 De sangre tuya está.

MACDUFF. No te respondo.

Va en mi espada mi voz, tú, más infame
 Que las palabras describirte pueden.

MACBÉTH. Pierdes el tiempo. Te será mas fácil
 El aire hender con tu cortante espada
 Que herirme á mí. Descarga el hierro duro
 En frentes vulnerables, que yo llevo
 Vida hechizada, que rendir no puede
 Quien nació de mujer.

MACDUFF. Tu hechizo es vano.

El génio á quien serviste te declare
Que arrancado Macduff ántes de tiempo
Fué del materno vientre.

MACBÉTH. Maldecida esa lengua que lo anuncia
Y mi poder indómito arrebatá.
Necio quien fia de engañosos génios,
Que con doble sentido así nos burlan;
Y cumplen en palabras sus promesas,
No en realidad.—Contigo yo no lucho.

MACDUFF. Pues ríndete, cobarde.
¡Vive! Serás ludibrio de las gentes.
Cual mónstruo extraordinario te ataremos
A un poste, con un lema que así diga:
« ¡Aquí veis al tirano! »

MACBÉTH. No me rindo
Para besar el suelo que sustente
Al jóven Málcolm, y sufrir humilde
La maldicion del vulgo. Aunque la selva
De Birnám ha venido á Dunsinánia;
Y aunque tú de mujer no hayas nacido,
Batallaré hasta el fin.—Y, así, mi escudo
Ante mi pecho está. Macduff, golpëa:
Quien diga « basta ya » maldito sêa.
(Vánse pelëando.)

Retirada.—Clarines.—Vuelven á entrar, con tambores y banderas,
MÁLCOLM, el viejo SUARDO, ROSS, SEÑORES y soldados.

MÁLCOLM. Plegue á Dios que retornen los amigos
Que nos faltan.

SUARDO. Cäer algunos deben;
Y, sin embargo, tan glorioso día,
Por lo visto, señor, caro no cuesta.

MÁLCOLM. Faltan Macduff, y vuestro noblë hijo.

ROSS. Vuestro hijo la deuda del soldado
Satisfizo, señor. Vivió tan sólo
Hasta hombre ser; y, apénas en el puesto

Que le tocó ocupar, lo comprobaba
Su indómito valor; murió cual hombre.

SUARDO. ¿Murió, decís?

ROSS. Sí tal. Murió en el campo.

El dolor que os produce, no se mida
Por su valer, pues fin tuviera nunca.

SUARDO. ¿Y fué herido de frente?

ROSS. Sí, de frente.

SUARDO. Entónces que soldado de Dios sēa.
Tuviera tantos hijos cual cabellos,
Y muerte igual que les cupiera á todos,
Su hora sonó.

MÁLCOLM. Mas duelo se merece;
Y ver me toca á mí que se le otorgue.

SUARDO. Valió lo que aquel acto representa.
Como honrado al partir pagó su cuenta.
¡Dios lē haya!—Consuelo aquí tenemos.

Vuelve á entrar MACDUFF con la cabeza de MACBÉTH.

MACDUFF. Salve, Rey, pues lo sois. La vil cabeza
Ved del crüel usurpador cortada.
Gozamos libertad, y rodēado
De las joyas estais de vuestro reino.
Por ellas hable yo; pero sus voces
A la mña sē unan que os proclama
Rey de Escocia.

SEÑORES. ¡Salud al Rey de Escocia!

(Clarines.)

MÁLCOLM. No dejaré que el tiempo se dilate
Sin ajustar las cuentas de cariño
Que debo á cada cual, y de saldarlas.
Nobles señores y queridos deudos,
Condes sois. Los primeros que en Escocia
Alcanzan tal honor. Más adelante
Cumplidos quedarán otros deberes.
A sus casas haré que luégo tornen

Amigos desterrados que eludieron
Las redes de incesante tiranía,
Y asechanzas de bárbaros sicarios
Del muerto mónstruo y su infernal consorte,
Que es fama que á sí propia se dió muerte.
Ésto he de hacer y lo que justo sēa
A tiempo, con mesura y donde fuere
Con el auxilio que el Señor me diere.
Gracias, pues. Cada cual queda invitado
Para verme en Escónia coronado.
(Vánse.—Clarines.)

FIN.

